

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 281

BUENOS AIRES, MARZO 31 DE 1928

El ejemplar
20 Cts.



SUMARIO DE ESTE NUMERO:

Más sobre Simón Radowitzky. Detalles de su vida y su proceso—Ibsen y la libertad de espíritu—Gilda de Amigos del Libro—De la concepción a la acción, IVAN KOLLAR—En recuerdo de Voltairinede Cleyre, anarquista americana (1866-1912), MAX NETTLAU—La lucha por el mercado mundial, RUDOLF ROCKER—La crisis democrática y la revolución, LUIGI FABBRI—Trabajo anarquista, JEAN GRAVE—La jornada de seis horas, D. A. DE SANTILLAN—Decadencia de la lucha de gases ¿y luego?, ARTHUR SEEHOF—La cuestión social, RAFAEL BARRETT—La tristeza de maese Pitaut, OCTAVIO MIRBEAU

MÁS SOBRE SIMÓN RADOWITZKY

Detalles de su vida y su proceso

Nos hemos referido en otra ocasión a Simón Radowitzky, en cuya liberación está interesado el mundo proletario de la Argentina y cuyo destino se ha comentado ya en todos los países y en todos los idiomas. Algunos detalles podrían ampliarse, otros rectificarse en parte. Pero como no ha llegado el momento de un trabajo definitivo, queremos contentarnos hoy con una reproducción de los hechos más salientes contenidos en el sumario del proceso que se le siguió por la ejecución del coronel Falcón.

Los documentos de esa naturaleza tienen que ser tomados con un cierto criterio. Además, hay la circunstancia de que Radowitzky estaba poco dispuesto a relatar detalles de su vida a los jueces, y sólo se descubrió su nombre por sus compañeros de pieza, el 18 de noviembre, cuatro días después del atentado.

El 20 fué llamado a declarar ante el juez Sotero Vázquez. Dijo llamarse Simón Radowitzky. Se explayó un poco más que hasta entonces, pero fué parco en palabras. Sin embargo, es tan altiva su actitud en el proceso, hay tanta firmeza en todos sus gestos, que no nos resistimos a copiar del proceso el resumen siguiente de las declaraciones:

“Preguntado si ha vivido en la calle Andes 392 y quiénes eran sus compañeros de cuarto, dijo que ha vivido como dos semanas, más o menos, siendo sus compañeros de cuarto Basilio y Demetrio (Turigin y Kopeikin, respectivamente), cuyos apellidos ignora. También vivía allí Pedro Kuznisof y algunas veces iba Wladimiro Kuznisof a visitarlo y durmió allí una o dos noches.

Que salió de sus casa el domingo 14 del corriente entre seis y siete de la mañana, no habiendo vuelto más. Se fué a la calle Callao, entre Charcas y Santa Fe, para observar el domicilio del coronel Falcón, cuyo número ignora. Allí estuvo un rato, leyó “La Argentina” y vió que había muerto un comisario o un hombre de la policía y malició que Falcón concurriría al entierro. Vió salir de su casa al coronel Falcón y que se dirigió en coche a la Recoleta, no recordando si iba solo o acompañado. El declarante se fué a la Recoleta por Callao y dobló por la calle que lo conducía directamente a aquel lugar. Esperó que Falcón salie-

ra de la Recoleta y como el declarante ya llevaba la bomba, no la quiso arrojar en aquel momento, porque había mucha gente reunida y no quería hacer daño a otras personas. Esperó a que Falcón subiera en su coche y se retirara, y cuando así lo hizo y a distancia de una o dos cuadras, habiendo visto que le acompañaba otra persona y que había poca gente en la calle, arrojó la bomba después de haber seguido el coche como media cuadra por el lado izquierdo, porque el declarante es zurdo. La bomba cayó en el interior del coche, oyó que estalló, ignorando qué efecto produjo; también ignora si Falcón y la persona que lo acompañaba resultaron heridos o si han muerto.

•Que disparó como cuadra y media perseguido por el vigilante y otra persona, habiendo también en la calle mujeres y niños. Iba armado con dos revólveres cargados y cuarenta balas más o menos para uno y veinticinco para el otro, por ser de sistemas distintos.

Hubiera podido matar a cinco o a seis vigilantes, pero no quiso hacerlo ni quiso tampoco hacer ningún disparo por no herir a ninguno de ellos, pues no tienen culpa. No explicó de qué culpa se trata. Por ese motivo sacó el revólver y se hizo un disparo a sí mismo al lado derecho del pecho, empuñando el arma con la mano izquierda, con el propósito de matarse para no caer en manos de la policía.

Preguntado si ha trabajado en los talleres de Zamboni, Charcas 1339, en la sección herrería, desde el miércoles 18 de agosto hasta el sábado 6 del corriente, y si conoce al capataz de esa casa, Pedro A. Rossi, y si es la misma persona que lo reconoció ayer, dijo: Que si ha trabajado en la casa Zamboni, no recuerda la fecha en que entró, pero sí que dejó de trabajar el sábado 6 del corriente. Conoce al capataz Rossi y es el mismo que lo reconoció ayer junto con otras personas. Preguntado por qué causa le tiró la bomba al coronel Falcón, dijo:

Que porque es el hombre que ha derramado la sangre de los trabajadores el primero de mayo de este año. Que su propósito fué matar solamente al jefe de policía.

Preguntado por su edad, estado, nacionalidad y creencias religiosas y políticas, dijo:

Que tiene 20 años, es soltero, ruso, de Ekate-

rinoslav, que no tiene creencias religiosas y es ateo y que sus creencias políticas son las del anarquismo.

Preguntado desde qué fecha había intentado arrojar esa bomba, dijo:

Que después de lo ocurrido el primero de mayo, habiendo sido el domingo la primera vez que lo intentó y no le acompañaba nadie, pues ha sido él solo el de la idea y la ejecución del hecho. Preguntado si frecuentaba la biblioteca de la calle Andes y Lavalle, dijo:

Que ha ido algunas veces, pero hacía tiempo que no volvía, porque no quería ser conocido y sabía que había pesquisas policiales que la frecuentaban.



Preguntado si conoce las armas, ropas, balas, fragmentos de hierro y bronce y un trapo negro que se le exhiben, dijo:

Que los revólveres son los suyos, los pedazos de bronce son restos de la bomba, no así el trapo negro ni el tornillo de hierro con tuercas que no reconoce. La ropa y demás prendas de vestir las reconoce como suyas.

En este acto S. S. le hizo saber el fallecimiento del coronel Falcón y su secretario Juan Alberto Lartigau.

Preguntado si ha sido procesado antes de ahora, dónde y por qué causa, dijo:

Que había sido procesado en Rusia por anarquista y había sufrido una prisión de 5 ó 6 meses poco más o menos por esa misma causa. Preguntado desde qué fecha reside en el país, dijo:

Que hace poco más o menos dos años.

Preguntado a qué personas había comunicado su plan y quiénes sabían sus propósitos de fabricar esa bomba y el destino que pensaba darle, dijo:

Que no lo había comunicado a nadie ni nadie ha sabido, y cuando fabricaba el tubo no lo notó nadie, porque son muchos los obreros que trabajan en esos talleres y cada uno tiene su cajón con llave aparte.

Preguntado si cuando salió de su casa el domingo 14 del corriente llevaba la bomba y si se la vieron sus compañeros de cuarto, dijo:

Que sí la llevaba. La tarde del día anterior llevó la bomba al cuarto antes que sus compañeros volvieran del trabajo, la colocó en su baúl sin decir nada a nadie, permaneciendo en el cuarto hasta la mañana del día siguiente para que no la fueran a ver en un descuido, y la mañana del domingo, cuando el declarante se levantó de la cama sus compañeros dormían. Después de vestirse, tomó la bomba con precaución para que no lo vieran, la puso en la cintura, debajo del saco y del chaleco y cuando se disponía a salir, fué oído y uno de los compañeros le preguntó: —¿Qué hay?, contestándole: —Nada, estoy arreglando la ropa, y salió a la calle...”

Aquí terminan las declaraciones de Radowitzky ante el juez. Mayor claridad y responsabilidad y conciencia no se puede exigir. Simón sabía lo que había hecho y por qué lo había hecho y respondía al interrogatorio con una altivez digna de él.

El fiscal, M. S. Beltrán, pide para Radowitzky la pena de muerte el 31 de diciembre de 1909 en un documento incongruente, no tan incongruente y estúpido, sin embargo, como el escrito presentado por el defensor de pobres, Dr. Emilio Casado, en el que dice entre otras majaderías:

“Es evidente que de acuerdo con el art. 50 de nuestro Código penal, no puede aplicarse la pena de muerte a mi defendido, porque hay la presunción de que sea menor de edad. Tampoco puede aplicársele presidio por tiempo indeterminado porque ha procedido en momentos en que su conciencia y su voluntad estaban obscuras por las causas que antes he argumentado y porque tengo la seguridad de que se trata de un sujeto neurológico, de un degenerado irresponsable o por lo menos cuya responsabilidad no es completa, de modo que en el peor de los casos sólo podría aplicársele la pena de diez años de presidio”.

Los médicos de los tribunales, en su informe, echan por tierra la tesis de la irresponsabilidad y del neurotismo de Radowitzky, sosteniendo que se trataba de un hombre perfectamente normal, sin ninguna falla espiritual que hiciera deducir que no ha obrado con la más plena conciencia.

Toda la vida de Radowitzky en los últimos

veinte años ha confirmado completamente el fallo de los médicos.

En el informe médico, agregado al proceso, hay, sin embargo, algunos hechos nuevos, como ser los siguientes: Radowitzky les manifestó que había nacido en la aldea de Stapanesso, provincia de Kieff. A los tres años fué llevado por su familia a una ciudad próxima, donde asistió a la escuela, de los 5 ó 6 a los 10 años. Aprendió a leer, escribir y contar. Luego entró como aprendiz herrero en un taller, donde permaneció dos años, ingresando luego en un taller mecánico, donde quedó alrededor de un año más. Por esa época, teniendo 14 años, o sea hacia 1904, tomó parte en una huelga y lo hirieron de un balazo. Fué procesado por hechos revolucionarios y estuvo preso cuatro o cinco meses. Después de salir de la prisión entró a trabajar en una fábrica donde estuvo hasta abril de 1908 en que se dirigió a Buenos Aires. Anduvo aquí algún tiempo sin trabajo, ganándose la vida de peón, hasta que a comienzos de 1909 entró a trabajar en el taller de Zamboni, ganando \$ 2,80 por día. Aseguró que el primero de mayo de 1909 fué testigo presencial de los sucesos de la plaza Lorea y que desde entonces resolvió matar a Falcón. Tardó en cumplir su resolución porque no conocía personalmente al jefe de policía. Dice que le costó mucho saber quién era, pero se le presentó la oportunidad de verle en ocasión de la huelga que estalló como acto de protesta contra el fusilamiento de Ferrer en España. Expresa a los médicos su alegría por la muerte de Falcón, por ser éste, según sus palabras, un "animal feroz". No manifiesta ningún arrepentimiento. Dice que asistió en Rusia a muchas conferencias y que ha leído innumerables libros sobre el anarquismo, en especial los de Kropotkin. Los médicos dicen en su informe que no trató de atenuar su responsabilidad, porque cree que ya hecho una buena obra.

Todo esto lo encontramos en el voluminoso sumario. No hace más que confirmar la idea que tenemos del temple del querido compañero y de su altivez y su valentía ante jueces y torturadores.

En el mismo sumario figuran documentos sobre la huelga del hambre que declaró en la prisión para protestar contra los malos tratos de que era objeto.

Apuntamos los siguientes datos para que sirvan de base a ulteriores rebuscas de detalles sobre el proceso.

El 22 de noviembre de 1909 se dicta la prisión preventiva, hallándose reunidos los requisitos del Código Penal.

El 31 de diciembre se expide el fiscal pidiendo la pena de muerte.

El 28 de junio de 1910 el juez Sotero Vázquez dicta sentencia; no se pronuncia la sentencia de muerte en mérito a la minoría de edad del procesado. Radowitzky no apela, pero en cambio lo hicieron el fiscal y el defensor.

El fiscal de Cámara, Dr. J. C. Figueroa, se expide el 26 de septiembre de 1910 y de acuerdo al art. 17, inc. 3. letra A. de la ley 4189, art. 59 del Código Penal y arts. 12 y 13 del Código de procedimientos criminales, ley 12, título 14, partida 3 y demás consideraciones, confirma la sentencia del juez.

El 16 de diciembre de 1910 los camaristas Casali, Castillo, Seeber, Frías y Beira resuelven colocar a Radowitzky bajo el amparo del art. 59 del Código penal o del inciso 2 del art. 83. El mismo día se confirma la sentencia del juez.

Sirva lo anterior, pues, para completar los datos que habíamos recogido en esta misma revista sobre el gesto heroico y el sacrificio trágico de nuestro compañero.

—(o)—

NUMERO ESPECIAL

El número de esta revista correspondiente a la segunda quincena de abril irá dedicado a recordar la vida y las ideas de M. González Prada, el gran escritor peruano, uno de los primeros representantes del anarquismo en el Perú y uno de los más nobles y elevados cerebros de América.

El 22 de julio del año corriente hará diez años que ha muerto el redactor de "Los Perros" de Lima. Las nuevas generaciones no conocen a esa gran figura y vale la pena que la conozcan.

Además, nosotros pretendemos que ese número especial de esta revista sirva para recordar en toda América el décimo aniversario de la muerte de González Prada, como una acusación contra el espíritu dominante en el Perú político y oficial, porque nombrar a González Prada es tanto como abofetear a Augusto Leguía y a sus lacayos.

A los amigos recomendamos la mayor difusión de este número, que no será la última ocasión que se nos presente, de seguro, para dar a conocer a nuestros lectores la obra del gran escritor y del noble militante de la verdad y la justicia.



IVAN KOLLAR

DE LA CONCEPCION A LA ACCION

¿DISTANCIAMIENTO DE LAS IDEAS?

Posiblemente un análisis psicológico de la mentalidad de los revolucionarios en la última década acusaría, si fuese factible, un distanciamiento de las ideas. Algunos interpretaron ese fenómeno sobre el cual tanto insistimos, como una pérdida de la fe en la anarquía. Pero esto no es posible. La anarquía no ha podido defraudar a sus adeptos, porque ante todo no ha sido probada en la piedra de toque de los hechos, y en segundo lugar porque un examen de la situación, un estudio de las condiciones económicas y políticas en que vivimos tendría que concluir que nada contradice nuestras ideas, que todo las confirma.

Lo que pasó fué simplemente esto: que la visión kaleidoscópica de los acontecimientos externos, la guerra primero, las perturbaciones post-bélicas y subversivas posteriores, las crisis económicas subsiguientes, la enfermedad de las luchas intestinas por último, etc., han producido un distanciamiento espiritual de las ideas mismas, las cuales, en lugar de constituir el centro de nuestra vida, han quedado en la periferia, y a veces fuera de la periferia de nuestras preocupaciones.

Nos hemos alejado del verdadero objeto de la orientación de nuestros afanes, hemos puesto en lugar de la idea de la anarquía toda una serie de cuestiones accesorias y, a veces, sin importancia. Y en esa pendiente, cada día hemos caído más en dirección al abismo, rodando de tumbo en tumbo. Y vinieron las decepciones, los cansancios, las disputas estériles. Hemos visto a muchos de los nuestros volver las espaldas, no a las ideas, sino al movimiento, porque éste se había empeñado y tal vez se empeñe aun en dar carta de ciudadanía, como si fueran problemas fundamentales, a lo que no tiene más que un valor mínimo y transitorio.

La solución está en la vuelta a las ideas, al verdadero centro y a la razón de ser de nuestra existencia como movimiento.

Hay que volver a poner en el primer plano, cueste lo que cueste, sin reparar en vanidades lesionadas ni en personalismos funestos, el interés por la comprensión, la difusión y la realización de la anarquía. Fuera de ese círculo, tan vasto que caben en él los temperamentos más opuestos y las interpretaciones más variadas, no tenemos derecho a derrochar ni tiempo ni energías. Por la salud del movimiento mismo y por nuestra propia salud intelectual y moral.

Volvamos al centro de gravedad de las luchas por la libertad, de donde nunca debimos habernos

alejado, ni consciente ni inconscientemente. Ahí está la salvación, ahí está la clave de los triunfos futuros, ahí está el motivo de atracción más fuerte para todos los que buscan una salida en las tinieblas del mundo y no hallan más que el autoritarismo bestial, la especulación desenfrenada o la despreocupación suicida.

La anarquía, solución política, social y económica sin igual, entraña además de sus verdades intrínsecas, los caracteres de la belleza. Es una idea que atrae tanto por su belleza como por la verdad que alienta en su interpretación de la vida.

DE LA UTOPIA A LA PRACTICA

Se dice que la anarquía es utópica, y nosotros recogemos lo que quiere ser un adjetivo de desprecio, como un timbre de gloria. Somos utopistas. Utopista es el que por encima de las realidades palpables concibe un orden de cosas más elevado y pugna por traducir en hechos sus previsiones, sus concepciones. Lo utópico es lo no realizado, pero no lo irrealizable. En ese sentido, mientras la anarquía no haya sido encarnada en la vida práctica de los individuos y de los pueblos, será una utopía.

Pero una utopía, aun sin haber llegado a realizarse por completo, tiene ya una influencia mayor o menor sobre la marcha de la historia. La anarquía es un aguijón de progreso en el sentido de la libertad, aun sin haberse experimentado en la realidad. De ahí la doble misión de los anarquistas: su influenciamiento de la sociedad en que viven para encaminarla por la senda de un progreso cada vez mayor, y su esfuerzo directo en pro de la realización de su utopía.

Así se explica nuestra doble acción: la que trabaja un mejoramiento gradual dentro de la sociedad presente, y la que elabora en los hombres una nueva mentalidad para la superación de las actuales formas de convivencia, de trabajo y de disfrute de la vida. No son dos formas de acción que se contradicen, sino dos formas que se complementan y se compenetran mutuamente.

Es verdad que a veces se corre el peligro de dar a una de esas actividades una importancia excesiva, y ocurre que las luchas cotidianas han absorbido muchas de nuestras fuerzas, apartándolas de la acción, de la propaganda y del esfuerzo en el sentido de la transformación social. La eventualidad de ese peligro, de ese alejamiento del ideal de la anarquía para quedar sumergidos en las luchas cotidianas por los mejoramientos sucesivos dentro de la sociedad presente, debe tenernos alerta. Somos partidarios acérrimos de la

intervención decidida en las contiendas por el pan cotidiano, pero comprendemos, sin embargo, que lo que conviene tener presente en todo instante es el ideal de la anarquía, de la transformación social, aun cuando obramos para reivindicar conquistas económicas y políticas dentro del capitalismo y del Estado.

Y lo que queríamos decir es que si hay un peligro en olvidarnos de la idea al dar importancia a las cuestiones secundarias y accesorias, en cambio no hay peligro alguno en afirmarse en las ideas, en las concepciones. Al contrario, el deseo de la acción es inspirado más que nada por una fuerte pasión, y la pasión surge del conocimiento, de las convicciones hondamente sentidas y arraigadas.

Cuando se posee un gran amor a una idea, se siente la inclinación natural a difundirla, a realizarla. La utopía energética y apasionada es ya un esfuerzo realizador.

ES NECESARIO MAS ESFUERZO

Es necesario volver a las ideas, sentirlas más intensamente y suscitar, en consecuencia, más energías para su propagación, para el proselitismo,

MAX NETTLAU:

En recuerdo de Voltairine de Cleyre, anarquista americana (1866-1912)

1

Hechos muy brillantes como las derrotas de los proudhonianos en los congresos de la Internacional por los colectivistas, y el abandono de ese mismo colectivismo a partir de 1880 por los anarquistas comunistas, han hecho considerar desde hace largo tiempo casi como un dogma que el anarquismo, atravesando dos etapas de crisálida, ha llegado a su expansión definitiva en su último avatar de comunismo libertario. Cuanto más se examina, sin embargo, su historia, se vuelve uno desconfiado de las conclusiones y generalizaciones prematuras, se separan las ideas que continúan viviendo de sus representantes temporales que han podido declinar, debilitarse, extinguirse, y se ve también que hubo a menudo pensadores que no han estado satisfechos de enrolarse en el matiz que prevalecía en su tiempo, que han creído que todos los matices tenían derecho a vivir, que han tratado de explicarse sus divergencias y de hallar medios para coordinarlas, para hacer síntesis de sus partes más preciosas e importantes. Si no ha salido de ese trabajo intelectual una "cuarta forma definitiva", no prueba de ningún modo la impotencia de esos esfuerzos, puesto que no es ese el objetivo, ellos no quieren crear un nuevo dogma — no tratan más que de reemplazar el exclusivismo que no ve en cada etapa más que una doctrina única que cree y declara universal y permanente, por concepciones más amplias que com-

para el influenciamiento de los hombres que nos rodean. Lo primero es despertar de nuevo el amor a las ideas, hacerlas comprender otra vez en su fecundidad y en su belleza; la acción consiguiente se nos dará por añadidura. No concebimos un gran amor unido a una pasividad duradera; el amor, la pasión excita a la lucha, a la consecución del objeto de los ensueños, a la realización de lo que se prevé bueno, superior a lo existente.

No se puede exigir de nadie un esfuerzo intenso en pro de algo que no le interesa ni le apasiona intensamente. La preocupación primordial de este momento, pues, consiste en fomentar el interés por la anarquía, por las ideas. Si ese interés elevado a pasión por el conocimiento y la reflexión, no es despertado mediante una honesta y tenaz labor de exposición teórica, perderemos la razón fundamental de nuestro proselitismo y de nuestra propaganda.

Es necesario un mayor esfuerzo, sí, pero ese mayor esfuerzo tiene que ser fruto de una vuelta a las ideas, a eso que se llamaba despectivamente ideas puras, que, sin embargo, deben ser en todos los momentos el centro de nuestra militancia y de nuestros anhelos. Lo demás, como hemos dicho, se nos dará por añadidura.

prenden que vale más encaminarse hacia un gran fin aun lejano por varios caminos que por uno solo que nos parece infalible, y que no puede existir certidumbre sobre cosas que no existen todavía, y que no puede imprimirse a las cosas una vía de desarrollo que nos plazca. Se trata, pues, de esa transformación que toda ciencia ha sufrido algunas veces y sufre aún, cuando las generalizaciones demasiado rápidas, las hipótesis deslumbrantes establecidas demasiado débilmente son reemplazadas por constataciones más restringidas y más prudentes.

Porque cuando el entusiasmo de los primeros descubrimientos se ha evaporado, se da uno cuenta de que se posee mucho menos en hechos adquiridos de lo que se creía, y se ahonda más y se elabora más el detalle. Veinte años después se sabrá más sobre el detalle y se será mucho más crítico ante las generalizaciones y así consecutivamente. No hay nada que decir contra las generalizaciones de la primera hora que son los gritos de triunfo de los primeros precursores, los gritos felices de: ¡tierra, tierra!, de los primeros navegantes felices que vieron ante ellos por fin una tierra abordable. Colón mismo no llegó al principio más que a una pequeña isla, no a un continente, y juzgó siempre que el continente que había tras esas islas era el Asia oriental y no América. Así en anarquía, con hombres del temple de los Proudhon, de los Bakunin y Kropotkin, estamos todavía en la era de los grandes navegantes, los Vasco de Gama, los Colón y Magallanes que agregaron

cada cual una pieza de información nueva y precisa a los conocimientos geográficos, pero que se completan y no se excluyen. Un mapamundi de su tiempo y del nuestro, 400 años después: un libro de química de 1828 y de 1928, y así por casi todo lo que nos rodea, nos hace comprender que la anarquía cambiará también, a menos que no quiera asimilarse a las cosas muertas que no cambian, como las religiones y todo lo que está basado en la fe.

En este sentido es preciso siempre ir hacia adelante, y vale la pena así no perder de vista los pocos anarquistas que han expresado en otro tiempo opiniones independientes: si en su tiempo no han atraído la atención, esas opiniones pueden dar algún impulso al pensamiento crítico de nuestro tiempo. Entre ellos hay una figura de las más encantadoras y valientes, Voltairine de Cleyre de los Estados Unidos, 1866-1912, que nos fué arrancada por la muerte, joven todavía, después de crueles sufrimientos. No fué una disidente, fué la más solidaria de las compañeras, pero fué una independiente y una mujer que aportó a nuestra causa su espíritu y su corazón, intelecto, arte y bondad, una abundancia rara que su rica naturaleza generosa le permitió prodigar.

No puedo basarme en este momento más que en sus "Selected Works" (Obras escogidas), editadas por Alejandro Berkman (New York, "Mother Earth", Publishing Company, 1914, 480 págs. en 8.), con un esbozo biográfico de H. Havel. He leído en otro tiempo muchas de sus contribuciones a los periódicos de lengua inglesa, durante más de veinte años, y la oí dar conferencias y conocí entre camaradas en Londres en 1897. Y pienso que su memoria será renovada tarde o temprano por E. Goldman que ha preparado un esbozo de su vida y de su carácter, basado en sus impresiones directas de numerosos años, y habrá quizás, otras publicaciones. Mientras tanto saco de sus propios escritos, del esbozo de Havel y de muy pocas fuentes más, los informes siguientes, muy a menudo con sus propias palabras, y los haré seguir de una ilustración de sus ideas por extractos de sus escritos.

Nacida el 17 de noviembre de 1866 en la ciudad de Leslie, Estado de Michigan, en su infancia quedó mucho tiempo sometida a la voluntad y a las influencias de los padres que eran de opiniones muy diversas y contradictorias. Su abuelo, que estuvo en 1848 en París, su padre, nacido en Flandes occidental (Bélgica), son descritos por ella como comunistas. Tuvieron que emigrar en 1854, y cuenta que el abuelo, que ha debido ser un residente bastante pobre en el extremo norte de los Estados Unidos, en el Estado de Michigan, o de otro modo un ciudadano tranquilo, puesto que la ley no le molestó directamente, fué uno de esos antiesclavistas de acción que habían organizado el salvamento de los esclavos negros fugitivos, a quienes ayudaba a pasar la frontera para refugiarse en Canadá. Su madre era americana, de una antigua familia puritana. En 1866 el padre, entonces librepensador, le creó el nombre de Voltairine en honor a Voltaire. Vivió desde la edad de un año en St. Johns, pequeña localidad de Clinton County, Michigan; la familia estaba siempre muy pobre. Ella tenía, se cuenta, un deseo muy vivo de entrar en la escuela, pasados los cuatro años, y a los doce terminó la escuela primaria. "La miseria, la sumisión patética, la degradación horrorosa de los obreros, habían pesado gravemente sobre mi corazón desde la época en que tenía bastante edad

para comenzar a pensar". — dice ella misma —. Mientras tanto había llegado la clericalización de su padre a quien se le metió en la cabeza que su hija ingresara en un convento, deseando que se hiciera religiosa y contra la voluntad de la madre, Voltairine fué enviada al convento de Nuestra Señora en Sarnia, provincia de Ontario, en el Canadá. Pocas semanas después se escapó para ir a pie a la casa, pero sin recursos y entregada al padre, fué devuelta por él al convento donde pasó tres o cuatro años, hasta la edad de 17, en un estado desgraciado, período en que ella sola luchó no sólo contra el medio clerical opresivo que le rodeaba, sino con la religión misma que era para ella todavía una realidad por la educación anterior y de la cual se des- embarazó sola por un razonamiento sucesivo. Oigamos sus palabras:

... "porque por influencias de juventud y por mi educación habría debido ser una religiosa y pasar mi vida glorificando la autoridad en su forma más concentrada, como algunas de mis compañeras de escuela lo hacen todavía en las casas de misión de la Orden de los Santos nombres de Jesús y de María. Pero el espíritu ancestral de rebelión se afirmó cuando no tenía más que catorce años, discípula en el convento de Nuestra Señora del Lago de Huron, en Sarnia, Ontario. ¡Qué piedad tengo de mí misma ahora, cuando pienso, pobre alma solitaria, que luchaba aislada en la oscuridad de la superstición religiosa, incapaz de creer, y sin embargo, temerosa a toda hora de la condena al fuego, salvaje y eterno, si no me confesaba y profesaba al instante! ¡Cómo me recuerdo de la energía amarga con que rechacé la orden de la enseñante cuando le dije que no quería pedir perdón por una falta que se me imputaba, porque no podía ver que estaba en un error, y por tanto no sentiría mis palabras! "No es necesario", dijo ella, que sintamos lo que decimos, pero es siempre necesario que obedezcamos a nuestros superiores". "Yo no mentiré", respondí con ardor, y al mismo tiempo temblando de temor de que mi desobediencia me hubiese consignado definitivamente al tormento" (al infierno).

"Supe al fin encontrar mi camino para arrancarme a aquella situación y fui librepensadora cuando salí de la institución tres años después, aunque no había visto jamás un libro ni escuchado una palabra que me hubiesen ayudado en mi soledad. Eso fué como el Valle de la Sombra de la Muerte, y todavía hay cicatrices blancas en mi alma allí donde la Ingrancia y la Superstición me quemaron con su fuego infernal en esos días de sofocación. ¿Es que blasfemo? Son sus palabras las que empleo, no las mías. Al lado de esta batalla de mis días jóvenes, todas las otras me fueron fáciles, porque aunque fuese fuera de mí, en mi interior, mi propia voluntad fué suprema. No debía ningún juramento en una dirección, el conocimiento y la afirmación de su propia voluntad, con toda la responsabilidad que eso implica".

"Es esa, estoy segura, la última razón de mi aceptación del anarquismo"... pero no llegó inmediatamente a sus ideas, sin duda porque después de esa vida en el convento y en la pequeña ciudad su experiencia del mundo era todavía nula. Según la biografía de Havel, se le dejó salir del convento a los diez y seis años, en mal estado de salud para restablecerse en las vacaciones, y regresó para acabar sus estudios un poco de tiempo más tarde. Había impresionado a las religiosas por su personalidad y la tuvieron que respetar. Su madre la recibió con los brazos abiertos como a una resucitada de la tumba. Eso

debió pasar hacia 1883 aproximadamente y desde ese tiempo hasta 1886 la perdemos de vista, salvo lo que se sabe que se lanzó a la propaganda del libre pensamiento como conferenciante llamada de un lado y de otro, que hacía giras de conferencias y que residió siempre en Michigan o volvió a menudo allí, a St. Johns. Ha comenzado tal vez su carrera de propagandista en 1885, como su poema "La sepultura de mí yo pasado", fechado en Greenville, Michigan, 1885, lo hace ver y donde termina: "... Y ahora, Humanidad, me vuelvo hacia tí. Consagro mi servicio al mundo"...

Desde 1883 a 1885 ha debido hacer una parte de sus grandes lecturas que, al lado de los poetas — hizo hermosas poesías ella misma — y de los escritos éticos clásicos y los de la ciencia y el libre pensamiento, han debido abarcar sobre todo los escritos famosos de la tradición democrática más pura, Thomas Paine, Jefferson y otros y la historia americana no oficial, sino como hombres honestos y clarividentes la analizaron en todas sus épocas. Más tarde Voltairine ha visto muy claro bajo ese aspecto; en sus comienzos tal vez el liberalismo formal o nominal de muchas instituciones la habrá fascinado aún en su buena fe idealista, e ignoraba lo que había hecho la práctica de largos años ya.

Esos años de su entrada en la posesión de ella misma, después de su vida claustral, de 1883 a la primavera de 1886, fueron precisamente los años del mayor florecimiento de los movimientos avanzados de América que, a partir de 1880 a 1881 aproximadamente, comienzan un desarrollo ascendente que se intensifica hasta el tiempo de las represiones a consecuencia de la bomba de Haymarket de Chicago, en mayo de 1886. Entonces se acentuaban movimientos sociales puramente americanos; por ejemplo, los cultivadores, farmers, cada vez más tiranizados y explotados, por los capitalistas que se entremeten entre el productor agrícola y el consumidor, se desvían de los paliativos infectivos que les habían engañado largo tiempo (reforma monetaria, el movimiento greenback), los obreros se creen más fuertes por la organización tan floreciente de esos años, The Knights of Labor, los socialistas moderados, en

parte se convirtieron en socialistas revolucionarios y de estos una parte se vuelve anarquista puramente — los periódicos como "Truth" de San Francisco, 1883-84, y "The Alarm", Chicago, redactado por Albert R. Parsons, el ahorcado el 11 de noviembre de 1887, (1 de octubre de 1884-5 de mayo de 1886) — muestran esa intensificación creciente del espíritu revolucionario. Hombres de todas las clases son entusiastas de Henry George, de su crítica magnífica de la influencia funesta del acaparamiento individual del suelo, y de su proporción mucho más discutible, el impuesto único. Los antiguos individualistas del tiempo de Josiah Warren, y muchos jóvenes adeptos de esas ideas se asocian en torno a "Liberty", redactada muy osadamente entonces por B. R. Tucker, a partir de 1881, y en torno a periódicos que se especializan en la cuestión de la libertad de la persona humana, la de la mujer, sobre todo en cuestiones de sexo, los periódicos de Heywood, de Harman, de Walker y de otros. Son en fin, los años de la propaganda ascendente de Most en New York, de Spies en Chicago, y de muchos otros alemanes, que abandonaban la social democracia, se armaban y se preparaban realmente para la lucha, acción rebribril y ardiente, pero en suma, prematura en tanto que los pocos focos de New York y sobre todo de Chicago, por intensos que fuesen su vida y su voluntad socialista entonces, estaban después de todo aislados en el inmenso país y su iniciativa no fué seguida, como los años 1886-87 y todo el tiempo que siguió desde entonces han demostrado. En una palabra, fué una época en que el mundo avanzaba gozosamente, en que el capitalismo y el Estado parecían adversarios más o menos pasivos y debilitados, en que la opinión pública no parecía tomar confianza en la acción colectiva con objetivo social y anticapitalista.

Pienso que es esa prosperidad misma, la expansión sin obstáculos demasiado grandes de todos esos movimientos hasta mayo de 1886, lo que retuvo a Voltairine de Clayre de lanzarse antes en la contienda socialista y anarquista. Si hubiese habido grandes persecuciones antes de mayo de 1886, su naturaleza caballeresca le habría impulsado de inmediato, pero como no se tenía necesidad de su abnegación y como ha debido interesarse sobre todo por lo que le afectaba más intelectual y moralmente, fueron sin duda las cuestiones más delicadas de individualidad y de libertad personal que los individualistas y sexualistas discutían entonces, más bien que las cuestiones de organización obrera y las de revolución social directa, cuestiones que entonces fueron tratadas en el estilo vigorosamente persuasivo que conocemos a Most, más bien que con el espíritu más argumentativo y más individualizante que era familiar a una naturaleza delicada como la de Voltairine.

Ha dicho ella misma en su discurso del 11 de noviembre de 1901 en Chicago en memoria de las víctimas: "... He aquí mi confesión: quince años antes, en mayo, cuando el eco de la bomba del Haymarket resonó a través de la pequeña aldea de Michigan donde habitaba entonces, yo, como todos los otros crédulos y brutales, leí en un título mentiroso de periódico: "Anarquistas arrojan una bomba en una reunión en el Haymarket de Chicago", y de inmediato he gritado: "Se debería ahorcarlos" — y eso a pesar de que yo nunca había creído en la pena de muerte para los criminales ordinarios —. No me perdonaré jamás esa frase ignorante, ultrajante, chorreando sangre, aunque sé que los muertos me habrían perdonado, aunque sé que los que aman me

perdonan. Pero mi propia voz, tal como sonó esa noche, sonará en mis oídos hasta la muerte — un reproche y una vergüenza amargas... — y lo que yo hice esa noche lo hicieron millones de seres, y millones hablaron como yo. No tengo más que una palabra de atenuación para mí y para todos esos hombres: la ignorancia. No sabía lo que era la anarquía. No había leído esa palabra más que en los relatos históricos en que se emplea como sinónimo de confusión social y de asesinato. Creí a los periódicos. Pensé que esos hombres habían arrojado la bomba sin provocación, en una multitud de hombres y mujeres, movido por un placer abyecto de matar, y es lo que todos los millones a que hemos aludido pensaron. Pero entre ellos hubo algunos millares que no dejaron quedar así las cosas, y yo soy feliz por ser uno de ellos"... Sea por desconfianza contra los periódicos, sea por una simpatía instintiva hacia los acusados, dice, se convenció de la inocencia de esos hombres. Creía todavía en la justicia americana, en el jurado, luego en la clemencia del gobernador, pero viendo que todo era inútil, perdió la fe y se volvió desconfiada de la ley y de los abogados, de los jueces y de los gobernantes y se sintió impulsada a examinar las ideas, la causa de esos hombres a quienes se ahorcaba aunque no habían tenido nada que ver con el lanzamiento. Poco a poco, aquí y allá, dice, descubrió el ideal elevado y noble de esos hombres.

Ha contado que después de haber asistido como conferencista a una conmemoración de Thomas Paine en algún lugar alejado de las montañas de Pensilvania oyó por la noche hablar a Clarence Darrow sobre el socialismo. "Fué mi primera introducción en algún plan para el mejoramiento de la suerte de los obreros que dió alguna explicación del desenvolvimiento económico, y corrí tanto como alguien que ha errado en la obscuridad y se vuelve hacia la luz". Clarence S. Darrow es ese abogado famoso cuya conferencia *Crimen y criminales*, pronunciada en la prisión de Chicago ante los prisioneros, fué publicada algunas veces y traducida por los anarquistas, el que defendió tantas víctimas de las persecuciones sociales y el que reivindicó también la razón humana contra la Biblia en el proceso de Dayton (Kansas) hecho a la teoría de la evolución; hoy mismo leo que se hará cargo de la causa de Armando Borghi, amenazado con ser expulsado de los Estados Unidos para Italia por falta de pasaporte — delito y castigo que en 1886-87 nadie en el mundo habría creído posible como una amenaza permanente para un propagandista en los Estados Unidos.

Voltairine se consideró, pues, socialista desde entonces; dijo: "Sonríe ahora al pensar cómo adopté pronto el epíteto de "socialista" y cómo lo rechazé pronto... Seis semanas más tarde fuí castigada por mi precipitación cuando traté de formular argumentos en favor de mí fe contra un pequeño judío ruso, Mozersky, en un club de discusión de Pittsburgh. Este era anarquista y poco del tipo de Sócrates, al impulsarme por medio de preguntas en toda suerte de atoladeros, de donde salía muy poco cómodamente y sólo para caer en otros atoladeros que me había preparado sonriendo en el intervalo. Se hizo evidente que yo tenía necesidad de una base más sólida y comencé a estudiar los principios de sociología, y los del socialismo y el anarquismo modernos expresados en los periódicos de esos movimientos. *Liberty*, de Benjamín Tucker, el exponente del anarquismo individualista, me convenció finalmente de que la "libertad no es la hija, sino la madre del orden". Y aunque yo no soy partidaria del evangelio económico

particular preconizado por Tucker, la doctrina del anarquismo mismo, tal como la concebí entonces, no ha hecho más que ensancharse, volverse más profunda y más intensa en el curso de los años"...

A este desarrollo muy raro entre las personas alcanzadas por las ideas tuckerianas contribuyó sin duda en Voltairine de Clayre, al lado de su altruismo y de sus simpatías revolucionarias, su relación muy estrecha con un socialista anarquista militante de aquellos tiempos, Dyer D. Lum (1839-1893). Escribió sobre Lum después de su muerte en *Freedom* (Londres), junio de 1893, y un ensayo reproducido en *Selected Works*, págs. 284-296. Descendiente de un escocés emigrado en 1732 y, por su madre, de una familia inglesa de larga presencia en Estados Unidos, combatiente muy activo en la guerra civil, más tarde en el ala izquierda de los grandes movimientos sociales americanos, organizaciones obreras y agrícolas donde cooperó con Albert Parsons en 1880. Son todos esos movimientos inspirados por norteamericanos de antigua cepa, hombres de acción que creen todavía que las colectividades organizadas para un fin de utilidad pública pueden obtener ese fin sea por el ejercicio de sus derechos constitucionales que son muy amplios nominalmente, sea por una acción directa que triunfa de los obstáculos y establece el hecho consumado. Pero se dan cuenta en esos años de que los tiempos han cambiado, de que luchan en vano contra un capitalismo cada vez más poderoso y contra un mecanismo gubernamental cada vez mejor organizado y contra intereses privados y políticos que están del lado de los poderosos. Entonces algunos como Parsons y Lum comprenden que la democracia americana ha terminado y se rebelan contra todas las formas de gubernamentalismo y se vuelven rebeldes anarquistas socialistas, militando con la elocuencia como Parsons, o por una acción más organizadora, pero activa y removedora sin embargo, como Lum. Este era encuadernador, periodista también, si era preciso, y organizador. La bomba de Haymarket causa también la supresión de *The Alarm*, el semanario de Parsons, el 5 de mayo; Lum reinicia la publicación algunos días antes de la muerte de Parsons en el cadalso, el 5 de noviembre de 1887, en Chicago mismo; el periódico apareció aún en 1889 en New York.

Lum es un anarquista de derecho propio, militante y popular sobre todo, pero no sin algunas opiniones muy personales en filosofía, que tal vez le influyen demasiado, y en economía una mezcla de individualismo y colectivismo, deseoso de mantener el máximo del individualismo, pero al mismo tiempo deseoso de penetrar ese individualismo con el máximo de espíritu social. Voltairine llama a eso "mutualismo anarquista", siendo "una modificación del programa del individualismo, que pone más peso sobre la organización, la cooperación y la federación libre de los obreros. Para ellos la trade union es el núcleo del grupo cooperador libre que hará inútil el patrón, emitirá cheques por hora de trabajo para sus miembros, se encargará del producto elaborado, lo cambiará con grupos de ocupaciones diversas para su beneficio mutuo por medio de la federación central, hará posible a sus miembros la utilización de su crédito y les asegurará contra las pérdidas. Su posición mutualista en la cuestión de la tierra es idéntica a la de los individualistas, lo mismo que su posición frente al Estado"... Sobre la tierra los individualistas piensan: "...que estará en manos de individuos o de compañías por términos de tiempo y en cantidades tales como se necesiten, y que habrá una redistribución tan a menudo como los miembros



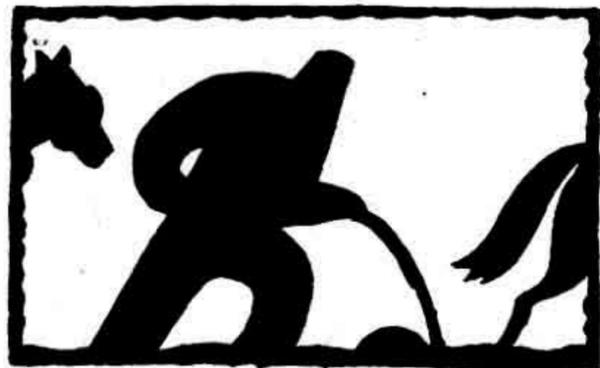
de la comunidad concuerden en decidir. Cada comunidad decidirá lo que constituye el uso de la tierra, presumiblemente en reuniones locales. Los casos de disputa serán decididos por el jury libre, sacado en suerte de la totalidad del grupo. Los que no estén de acuerdo, se irán a terrenos no ocupados en otras partes, sin que se les oponga obstáculo alguno..."

Estas ideas son, pues, una mezcla de mutualismo y de colectivismo anarquista y recuerdan las del tiempo de la Internacional en Bélgica y en España y las de Johann Most en 1883, época de su *Freie Gesellschaft*, pero en Lum han tenido, pienso, un origen independiente. Para ir al fondo de este detalle, además de las dos *Alarm* de 1884-86 y de 1887-89 habría que consultar uno de sus primeros escritos: *Social Problems of today...* (Problemas sociales de hoy o la cuestión de los mormones en su aspecto económico) 1883, 90 págs.; *On Anarchy*, en *The Alarm* y en la colección *Anarchismo* por Albert R. Parsons (Chicago, 1883), págs. 149-158; *The Economics of Anarchy...* (La economía de la anarquía, un estudio de tipo industrial), Chicago, 1890, 59 págs. Para las concepciones filosóficas de Lum hay un escrito póstumo, *The Basis of Morals*, en *The Monist* (Chicago), julio de 1897, págs. 554-570, es importante. En fin, tenemos su *A Concise History...* (Historia concisa del gran proceso de los anarquistas de Chicago), un libro de 190 págs. publicado en 1886. Voltairine habla de su trabajo más profundo sobre sus convicciones filosóficas como inédito; da bastantes indicaciones, demasiado largas "para ser reproducidas, sobre su ética evolucionista o anarquista". Según Havel, en colaboración con Lum, Voltairine escribió una novela sobre cuestiones sociales, que quedó inacabada.

Esta solidaridad íntima con ese hombre a quien llama esencialmente un hombre de acción, de resistencia y de rebelión y que disponía también entonces de una larga experiencia de que sabía condensar los resultados en términos precisos, ha debido dar el toque terminal a la educación revolucionaria de Voltairine sin quitarle por eso su originalidad. Se seguirá su camino de propagandista, de conferencista, de autor de artículos, de cartas, de poesías en los periódicos avanzados de todos los años hasta su muerte en 1912. Se establece por largos años en Filadelfia donde dió cursos en lengua e instrucción inglesa por la noche a obreros y obreras judíos rusos de las fábricas de Filadelfia. Fué así ella misma una escuela moderna, que difundió su humanismo con su enseñanza sobre un ambiente que describe como muy ávido de instrucción y consagrado a los ideales.

En 1894 pronuncia un bello discurso *In defence of Emma Goldman and the right of expropriation* (En defensa de Emma Goldman y del derecho a la expropiación), Filadelfia, 1894, 10 págs., reimpresso entonces en Londres, *Liberty Press*, 15 págs., 1894 y 1897. Se levanta en favor del viejo Moses Harman, el condenado de 1889 a cinco años de prisión por una palabra latina en su periódico *Lucifer* de Kansas; es el discurso *Sex Slavery* (Esclavitud sexual); *Selected Works*, págs. 342-58. Otro discurso que va al fondo de las cosas es *Crimes and castigo*, conferencia en el Social Science Club de Filadelfia, 15 de marzo de 1903; hay traducciones en sueco y en danés.

Visitó Londres en 1897, hacia el verano y quedó allí varios meses. La he oído dar conferencias entonces y la conocí. Me recuerdo de su figura y de todo su aspecto y ser armonioso, bueno, modesto, atractivo, inteligente, serio y agradable al mismo tiempo, en fin lo que había de mejor como joven bien educada y como compañera. Fué el año en que se atrajo



la atención general sobre las torturas infligidas a los prisioneros en Montjuich, cuando, por ejemplo, Tárrida del Mármol publicó su libro "Los inquisidores de España" (París, en mayo de 1897) y Ricardo Mella y J. P. su *Barbaric gubernamental en España*; ¿es Voltairine la que escribió o inspiró una publicación hecha en 1897 en Filadelfia: *The Modern Inquisition in Spain* (8 págs. en petit-4.º)? No podría decirlo en este momento, pero nada es más probable que fuese ella la que envió o llevó los materiales a Filadelfia. Vió la llegada de los presos del Montjuich libertados en el verano de 1897 en virtud de la indignación pública universal, pero expulsados, deportados de su país más allá de las fronteras, un grupo de 28 que llegó a Londres. Vió los rasgos de las torturas y asistió a una de las grandes reuniones de Trafalgar Square donde una decena de millares de londinenses recibió y saludó a esas víctimas. Conoció entonces a Fernando Tárrida, a Teresa Claramunt, al torturado Francisco Gana y a muchos otros, conoció a Kropotkin, a Louise Michel, vivió en el ambiente del grupo Freedom, de John Turner, de Alfred Marsh, de W. Wess, de J. Presberg, etc.; conoció también al viejo Sam Mainwaring, del país de Gales, el que con Tárrida viajó entonces al país de Gales para introducir entre los mineros de Dowlais a los expulsados españoles que hallaron allí trabajo y buena acogida.

Voltairine de Cleyre vió, pues, entonces una parte de los hombres más convencidos del comunismo anarquista y trabajó con ellos en armonía perfecta, pero eso no le hizo abandonar la independencia de su actitud hacia los matices del anarquismo. Algún tiempo más tarde se interesó mucho por el congreso internacional que debía tener lugar en París en septiembre de 1900, pero fué prohibido y no se realizó más que por algunas reuniones secretas que no dejaron rastros de alguna importancia, y por los informes numerosos enviados o llevados por los grupos y delegados y publicados en número notable por los *Temps nouveaux*. No los tengo en este momento ni tengo el libro que los tradujo; *El congreso revolucionario internacional de París, septiembre de 1900* (Buenos Aires, Librería sociológica, 1902, 304 págs. en 8.º). No me recuerdo en cuanto a Voltairine más que de este detalle, que ella o su grupo de Filadelfia hicieron una proposición poco más o menos en este sentido, que habría interés en ocuparse de la historia de la anarquía y que yo debería encargarme. Este gesto muy raro entonces ha quedado en mi memoria, y fué una acción espontánea de su parte, pues yo, lo que lamento, no he tenido nunca correspondencia con ella. Viendo su disposición artística no tenía nada que ofrecerle en ese terreno, y no le im-

portuné ni con discusiones teóricas ni con cuestiones históricas o de detalle.

En abril de 1901 dió en Filadelfia esa conferencia memorable titulada *Anarchism (Free Society)*, Chicago, 13 de octubre de 1901; *Selected Works*, págs. 96-117), en la cual pone los matices económicos del anarquismo sobre un nivel igual y trata de esbozar las raíces históricas y locales de cada uno; volveré a hablar en la segunda parte de este esbozo. A fines de 1901 o pocos meses más tarde se publicó en Filadelfia un pequeño folleto, *A Catechism of Anarchy*, en dos ediciones de 8 y 10 págs. en 16.º, editado por la Social Science Club, de lo cual hay una traducción noruega (Kristiania, 1906, 8 págs. en 8.º) y que se halla reproducido, no sé si completo, en un manifiesto de propaganda *What is Anarchism?*, Londres, Freedom Press, 4 págs. en 8.º (1910). Se encuentra allí este pasaje:

... "Cree usted que esos sistemas diferentes (anarquistas socialistas, individualistas, comunistas, mutualistas) pueden co-existir?"

"Sí; en una sociedad libre cada individuo o cada grupo, sea grande o pequeño, podrán ensayar a su manera. Sin duda uno de esos sistemas será mejor para aplicar en ciertas localidades y por ciertos temperamentos que otros".

Por esto que corresponde a la conferencia *Anarchism* es más que probable que Voltairine sea el autor del pequeño catecismo. No sé si un folletito *How to get rid of tramp?* (¿Cómo libertarse de los vagabundos?), publicada en 1902, similar a ese catecismo (12 págs. en 16.º) es también de su pluma.

Estaba entonces en un buen camino y habría podido contribuir poderosamente a sacar el anarquismo de su restringimiento unilateral, ella para quien el individuo y sus aspiraciones y la comunidad de la que el individuo queda inseparable, eran igualmente caros, y que, respetada por individualistas y comunistas estaba tal vez en una posición única entonces, por ser escuchada por todos. Pero como una bestia disparó en el Havre sobre Louise Michel, como un fanático disparó en Paterson sobre Malatesta sin hacerle felizmente gran daño, se encontró el individuo desequilibrado — Havel escribe "joven demente", que no consiguiendo mezclarse en su vida, en 1902 se dispuso a destruirla y fué herida gravemente, y aunque por fin se restableció, su vida quedó quebrantada por ese acto infame y diez años más tarde murió. Pasó entonces algún tiempo en Noruega para restablecerse.

En Kristiania conoció a ese bravo camarada Kristofer Hansteen, que publicó sus dos periódicos anarquistas, *Anarkist* (1898-1899) y *Til Frihet* (1901-04); en el intervalo se había refugiado en Londres y se caldeó un poco en el ambiente de *Freedom*, donde lo conocí bien. Era un hombre instruido, muy suave, tipógrafo y enfermo del pecho, y fué en todos esos años, por decirlo así, verdaderamente, el único anarquista militante en Kristiania y en Noruega en general. Difundía una inmensa melancolía y fué valeroso y perseverante hasta el fin, viéndose morir y publicando sus periódicos que han tenido 18 y 19 números en siete años, sin embargo. La presencia de Voltairine en 1903 ha debido ser una de las raras y últimas alegrías de su vida y cuando Hansteen murió — en la primavera de 1906, pienso — escribí una página bella y conmovedora sobre él en *Freedom*. El 18 de agosto de 1903 habló Voltairine en el Kristiania Arbeidersamfund, una sociedad obrera, sobre *Det anarkistiske Ideal* (El ideal anarquista), impreso en folletín recortable (19 págs.) en *Sociademokra-*

ten de Kristiania en 1903; ignoro si fué sacado folleto separado también.

Más tarde, sobre todo la revista *Mother Earth* de Emma Goldman y A. Berkman publicó sus conferencias e hizo también de ellas folletos, como *Anarchism and American Traditions*, New York, 1909, 15 págs. en 8.º, traducido en italiano en Milán, 1909 (Biblioteca di Sciarpa nera; 31 págs. en 12.º); *The Dominant Idea*, 1910, 16 págs., traducida en francés por E. Armand (Orleans, *L'Ere nouvelle*, 1911, 13 págs. 16.º); *The Mexican Revolt*, 1911, 4 págs. en gr. 8.º; *Direct Action*, 1912, 19 págs., conferencia del 21 de enero, menos de cinco meses antes de su muerte. Se ha impreso aparte su conferencia sobre Francisco Ferrer en octubre de 1911 (*Selected Works*, págs. 297); fué traducida en alemán en los últimos tiempos del *Sozialist* de Gustav Landauer (Berlín, 20 de octubre a diciembre de 1914), precedida de una bella apreciación de la obra de Voltairine.

De sus poesías, de que *Selected Works* dan una selección, *The Gods and the People* (Los dioses y el pueblo) fué impresa aparte varias veces, en San Francisco (*Free Society*), 17 págs. en 12.º, en Londres, *Liberty Press*, 1897, 8 págs. en 8.º, en Glasgow (William Duff), 1898, 7 págs. en 16.º. Hay aún *The Worm turns*, Filadelfia, 1900, 16 págs. 8.º.

Las Obras escogidas fueron impresas en mayo de 1914; la guerra y las persecuciones han destruído el foco de ediciones tan activo de *Mother Earth*, han obstaculizado probablemente mucho su circulación e impedido que se haya proseguido recogiendo mucho más de sus escritos dispersos, de sus manuscritos y sobre todo de sus cartas que se dice haber en gran número, notables y bellas. Lo que ha hecho lo ha hecho bien; ha puesto en ello su intelecto y su corazón, su voluntad y su arte, y sería hermoso que sus cartas nos presenten su verdadera carrera, sus luchas y sus progresos de los cuales no he podido ensayar más que un esbozo de los contornos más vagos y vistos desde una gran distancia.

Tradujo *La Sociedad Moribunda y la Anarquía* de Jean Grave; es *Moribund Society and Anarchy* (San Francisco, *Free Society Library*, 2; II, 176 págs. 8.º, en septiembre de 1899), y según Havel dejó una traducción inacabada del libro *La Commune* de Louise Michel. Ha conocido a Grave, habiendo ido probablemente a París en 1897, pero no parece haber conocido a Eliseo Reclus, que habitaba en Bruselas entonces, lo que es de lamentar: porque Reclus era entre todos el hombre que habría sabido apreciar más a esa mujer que, aun cooperando tan solidariamente y militando intensamente con los anarquistas comunistas de los Estados Unidos y de Inglaterra, ha mantenido sus concepciones propias y ha afirmado que no era comunista. Tratemos de ver cuáles fueron sus ideas con ayuda de la colección de una parte de su obra interrumpida tan pronto por la muerte, porque al salir de Filadelfia para vivir en Chicago los últimos años de su vida, murió allí el 6 de junio de 1912 y reposa en el cementerio de Waldheim (Chicago) a no gran distancia de los mártires del 11 de noviembre de 1887.



RUDOLF ROCKER:

La lucha por el mercado mundial

Hemos dicho ya que la crisis económica actual en Europa ha surgido principalmente de la circunstancia que las posibilidades productivas de sus pueblos se han amplificado mucho más que el mercado sobre el cual pueden contar. Europa está hoy superindustrializada y dispone de un aparato mecánico de producción mucho más grande y de una población industrial más numerosa de lo que puede ocupar bajo el sistema actual. La evolución industrial unilateral a costa de todas las demás ramas de producción es uno de los signos más característicos de todo el sistema capitalista. Compárense los lentos progresos en los métodos de la agricultura con el fabuloso desenvolvimiento de la producción industrial, que casi diariamente es fomentada por los nuevos descubrimientos y las nuevas invenciones. Incluso los progresos relativamente modestos que hemos experimentado en el dominio de la agricultura, sólo se pueden atribuir a los últimos decenios, de manera que únicamente ahora se puede hablar en pocos países de una industrialización de la agricultura.

Mientras el desarrollo de la moderna industria estaba reducido a algunos países, principalmente a Inglaterra, a disposición de los cuales había profucos mercados en los países económicamente atrasados, parecía realmente que el mercado mundial fuese infinito. En esa creencia milagrosa se mecó la vieja escuela de la economía nacional inglesa largo tiempo. Se creía que Inglaterra había sido elegida por el destino mismo para ser el centro fabril del mundo, una creencia que aun no ha muerto hoy, por más que haya aceptado otras formas y no se refiera solamente a Inglaterra. En aquel tiempo se convirtió el mercado mundial en centro de toda la aspiración capitalista, y se veía en la exportación de artículos la medida propia de la riqueza de un país. Así, por ejemplo, el comercio y la industria ingleses se habían conformado preferentemente para la exportación e inundaron los mercados con artículos ingleses.

Pero con el tiempo hubo que reconocer que el desenvolvimiento de la industria no estaba ligado a un solo país, sino que se extendía poco a poco a todos los otros países. Así, cada país de Europa fué en mayor o menor medida abarcado más y más por esa evolución; y no sólo Europa, también América, Australia y grandes partes de Asia y Africa fueron integradas cada día más fuertemente en ese círculo. Hoy es un hecho notorio que la gran parte de los pueblos civilizados aspiran a independizarse económicamente dentro de lo posible y a libertarse de la tutela comercial e industrial de los grandes Estados industriales. Se cree hoy todavía que la marcha de esa evolución podrá detenerse al menos para ciertos países, pero la experiencia nos ha mostrado que a la larga ningún medio resiste ese proceso.

No se pueden tener tras cerrojos los resultados del trabajo espiritual del hombre. Además, el egoísmo privado de los capitalistas se cuida de colocar

su capital en empresas industriales del extranjero y de fomentar así esas tendencias generales evolutivas.

Después de la guerra se presentaron en el primer plano más fuertemente las consecuencias de esa evolución para Europa. Europa había perdido su posición dominante en la producción mundial y está a punto de perder también su posición dominante en el comercio mundial. Es verdad que se hacen desesperados ensayos para reconquistar las posiciones perdidas, pero el tiempo pasará por encima de todos esos ensayos a la orden del día y demostrará que lo perdido irremisiblemente no se puede volver a reconquistar. El intento de proteger por las tarifas aduaneras el mercado interno frente a la concurrencia del extranjero y de querer reabrir distritos perdidos en el mercado mundial por el sistema llamado del dumping, al fin de cuentas tiene que empeorar la situación general y sólo puede tener éxitos efímeros, como se advierte ya en todas partes.

Es una afirmación completamente absurda la que dice que se puede levantar a la larga la economía de un país mediante las tarifas proteccionistas. Es posible que por ese método se procuren determinadas ventajas a algunas capas de la población, pero la economía como conjunto pierde siempre con ello. Tarifas proteccionistas contra los trigos extranjeros, el ganado, etc., aseguran a los latifundistas considerables ganancias al proteger su economía ante la concurrencia del extranjero y al darles la posibilidad de dictar al país precios más elevados que los usuales en el mercado mundial. Pero los precios superiores en los alimentos más necesarios disminuyen la capacidad de compra del propio pueblo y reducen la capacidad de venta en el mercado interior. La objeción de que el intento de los trabajadores de obtener más altos salarios por medio de la organización en el fondo significa lo mismo, pues también en este caso se aplican a una capa especial de la población determinadas ventajas a costa de los otros, no es tampoco consistente. Dejando a un lado la parte teórica de la cuestión, según la cual el productor como creador de todos los valores del trabajo tiene un derecho indisputable a su producto, mientras que todos los demás son sólo aprovechadores de su trabajo y deben su existencia parasitaria simplemente a la ignorancia de las grandes masas y a la violencia brutal de las actuales instituciones — aparte de eso, un aumento de los salarios, cuando, como vemos en América, está ligada a una reducción de los precios, fortifica la capacidad adquisitiva de los consumidores y repercute así en beneficio de todo el país, mientras que con las tarifas aduaneras proteccionistas ocurre lo contrario. La tarifa proteccionista es en todas las circunstancias un atentado al bolsillo de los consumidores. Es verdad que puede en ciertos momentos hacer surgir nuevas industrias, pero eso mismo tiene por resultado sólo en la medida que se detiene en su desarrollo otras industrias del propio país y hasta se les arruina. Una tarifa proteccionis-

ta sobre el cuero, por ejemplo, proporciona sin duda a las industrias productoras de cuero ciertas ventajas, pero simultáneamente perjudica a las industrias elaboradoras del cuero, y así ocurre en todos los dominios. Pero menos aún se puede interrumpir por las tarifas proteccionistas la descentralización progresiva de las industrias y las necesidades de independización industrial de los diversos países o abolirlas del mundo. Al contrario, cuanto más se convierten en inventario económico inevitable de cada país las tarifas proteccionistas, tanto más empeoran las condiciones en el mercado exterior y en el interno. Francia, Italia, Alemania, Rusia, etc., levantan muros aduaneros cada vez más altos entre ellas y los otros países, pero cada día se les hace más difícil defenderse contra la concurrencia siempre en aumento de Estados Unidos, como se ha puesto de manifiesto en los debates de la conferencia económica mundial de Ginebra.

Pero también el método del dumping, que ha sido utilizado en particular en los últimos años fuertemente por los capitalistas alemanes, para recuperar el puesto perdido en el mercado mundial, es para la economía un experimento peligroso. Dumping se llama el método empleado para mantener artificialmente los precios del mercado interno por sobre el nivel de los del mercado mundial a fin de poder vender lo más barato posible al extranjero y derrotar mediante los bajos precios la concurrencia extranjera. Justamente en Alemania, donde los precios de casi todos los productos superan a los del mercado mundial, se advierte ese sistema en su más alta prosperidad. Echese un vistazo al siguiente cuadro estadístico, publicado por la comunidad del acero, para conocer la práctica del capitalismo alemán en ese dominio:

	Precio exterior	Precio interno
Bloques en bruto	90.—Mk.	104.—Mk
Bloques previamente laminados	92.— "	111.50 "
Barrotes	95.— "	119.— "
Planchas	98.— "	124.— "
Platinas	98.— "	134.— "
Latón	135.— "	145.— "

La misma proporción existe en la mayoría de las otras industrias. Condiciones especialmente escandalosas dominan, para no citar más que un ejemplo, en la industria alemana del cemento. Hace muy poco tiempo el ministro del trabajo habló en el parlamento holandés a una interrogación que se le había hecho, de que el cemento alemán, que en Aquisgrán cuesta 445 marcos o sea 278 florines cada diez toneladas, en Holanda se vende por 150 florines. El cemento llamado de Dyckerhof, cuyo precio en Alemania es de 800 marcos o sean 480 florines por cada diez toneladas, se entrega en Holanda por 220 florines. Y esto ocurre en el período de la penuria de la vivienda y en contraste con unos precios monstruosos de los materiales de construcción que pueden ser calificadas como usura inescrupulosa.

Pero el sistema del dumping, peligroso en especial para los pequeños países, fracasa por el hecho de que se aplica hoy en casi todos los grandes países industriales y en consecuencia contribuye cada vez más a arruinar el mercado interno. Esta es también una de las causas principales por las que se aspira ahora mediante la formación de kartells internacionales y limitación sistemática de la producción a una nivelación de los precios del mercado interno con los del mercado mundial. Se quiere restringir o su-



primir incluso del todo la competencia desenfrenada en el mercado mundial según las posibilidades, por la trustificación o defensa de los kartells. Pero la actitud obstinada del capitalismo europeo justamente sobre la exportación de sus artículos y la aspiración ligada a ella de la conquista de los mercados se expresa cada vez más funestamente en la vida económica europea, en la medida que afecta a productores y consumidores.

Es verdad que los diversos países, en la situación actual de la economía, están constreñidos a una cierta exportación para obtener en cambio materias primas, algodón, petróleo, tabaco, café, etc., pero se ha sobreestimado fuertemente la significación del mercado mundial al resistirse todavía a reconocer las tendencias del desarrollo industrial y cayendo en lugar de ello en cualquier charlatanería para corregir esas tendencias.

La palabra mercado mundial se convirtió en una especie de concepto místico ligado a la representación de posibilidades ilimitadas y en consecuencia a la perspectiva de inauditas ganancias. Se cierran los ojos con una tenacidad que parece infantil al conocimiento de que el mercado mundial en Europa ha perdido su significación anterior y en el futuro lo perderá más aún. Mientras el desarrollo del sistema mecánico de producción estaba limitado a pocos países, tenía una cierta justificación la creencia en la capacidad ilimitada de recepción del mercado mundial. Pero con la industrialización creciente de Europa y América y con el desenvolvimiento de modernas industrias en Asia, Africa y Australia, el dominio del mercado mundial se tiene que restringir cada vez más y la vieja creencia milagrosa en su capacidad ilimitada del mercado. Pedro Kropotkin ya mucho tiempo antes de la guerra, habíase referido a ese hecho y los resultados de sus investigaciones no han hecho más que confirmarse desde entonces.

Hemos dicho ya que la guerra ha fomentado más aun el proceso internacional de la industrialización por haber creado tanto para los países neutrales como para los beligerantes necesidades industriales cuya satisfacción no podía eludirse. Pero lo que se vio

LUIGI FABBRÌ

La crisis democrática y la revolución

El liberalismo burgués, del cual la democracia no es más que un simple desarrollo, ha dominado el mundo civilizado desde 1789 hasta hoy; y la democracia se ha impuesto poco a poco. Hoy la democracia comprende en sí misma el liberalismo, y éste sigue la suerte de aquella; y es perfectamente inútil hablar de eso como de cosas separadas.

Pero la democracia, cuyo dominio era indisputado casi en todas partes hasta la víspera de la guerra (a excepción de Rusia y de los países más atrasados de Africa y Asia), con la guerra ha visto palidecer su potencia e iniciarse una fase rápidamente descendente. Ella misma, arrastrada por los intereses capitalistas (a los cuales está ligada como expresión de una parte grandísima de la clase burguesa), en el foco de la guerra, espiritualmente ligada a las ideologías y a los destinos económicos y políticos de la guerra, por las mismas necesidades absolutistas del militarismo abdicó casi completamente por cinco años su poder.

La guerra creó dos subclases de la burguesía, que debían determinar en el seno de ésta un impulso reaccionario, antidemocrático y antiliberal: los nuevos ricos que se formaron con la guerra, casi todos gente elevada a través de los más turbios negocios, con el robo y la estafa, con la sangre, el hambre y hasta la traición al propio país, los cuales tenían interés en consolidar una posición incierta, en torno a la que tenían toda discusión o investigación retrospectiva; y junto a ellos los millares y millares de desposeídos, que la guerra había elevado al rango de

más claramente después de la guerra fué la completa traslación del centro de gravedad económica a favor de Estados Unidos. Y en eso no modificarán nada los ensayos obstinados del capitalismo europeo, pues la enorme superioridad de América en todos los dominios de la economía se manifiesta cada día más evidente.

También el sueño de una unión aduanera europea cerrada contra América, que se vuelve a pesar hoy celosamente, permanecerá un sueño solamente. Aunque no sea más que a consecuencia del formidable predominio financiero de América, que ha comprometido a todos los Estados europeos como deudores. Tampoco la fachada política de ese plan aventurero de los Estados Unidos de Europa, en cuyo favor se repiquea tanto el tambor ahora, hace aparecer mayor su realizabilidad. Una verdadera paneuropa surgirá sólo cuando comience el gran crepúsculo de los Estados. Mientras no llegue esa era todas las alianzas políticas de una o de otra están condenadas irremisiblemente a obrar en el sentido del orden económico capitalista. En esto nada podrán cambiar las mejores intenciones de los humanistas idealistas.

oficiales, habituados a una vida más cómoda a excepción de los tiempos de batalla, sin voluntad para el trabajo (porque fueron arrancados a la vida civil propiamente en la edad en que se aprende o se comienza a trabajar), con una psicología de violencia y de prepotencia, con la necesidad de ejercer la autoridad y el mando. Unos y otros eran hechos para entenderse, poniendo los primeros el dinero y los segundos la fuerza material, pisoteando toda ideología o prontos a adoptar aquella que les fuese más cómoda, para pesar al mismo tiempo, explotándola, sobre el resto de la población laboriosa, y para desembarazar el terreno de todos los escrúpulos institucionales y tradicionales, de leyes y de hábitos que pudiesen estorbarles.

Además, la plutocracia internacional, que ahora domina a través de los trusts la economía de todos los países, minoría numéricamente pequeñísima pero financieramente omnipotente, que se formó en el último siglo y medio a través del liberalismo político y económico de la burguesía, que antes de la guerra utilizaba en parte las instituciones liberales y democráticas, corrompiéndolas, y en parte las toleraba por fuerza mayor y como el menor mal, después de la guerra y de los primeros tres o cuatro años de incertidumbre y de miedo, ha comprendido que no tenía ya necesidad del armazón liberal de mocrático para regirse y tener al mismo tiempo, con un militarismo enormemente reforzado y con las milicias voluntarias posibles mediante los detritus de la guerra, una fuerza material suficiente para tener en jaque al proletariado y librarse al mismo tiempo de instituciones vueltas para él superfluas y molestas.

Estas causas principales, y con ellas otras concausas, secundarias pero en ciertos casos y momentos decisivas, de carácter político y moral, han producido esta crisis de la democracia, a la cual asistimos hoy en todo el mundo. Ella se rige aún en la mayor parte de las naciones más importantes de Europa y de América sólo a fuerza de equilibrio cada vez más inestable, por razones transitorias como las de la debilidad militarista de algunos países que salieron derrotados de la guerra, y en virtud de concesiones cada día mayores a las fuerzas retrógradas y absolutistas. Las últimas de las cuales, incluso allí donde no han conseguido aferrar el poder, se imponen a los mismos regímenes democráticos dominantes, comprándolos financiera y políticamente desde el interior y desde el exterior.

Esta crisis de la democracia, este conflicto interno burgués entre la democracia más débil, todavía dominante e influyente por fuerza de inercia y por tradición en muchos países, y la plutocracia cada vez más absolutista y antidemocrática, pone de nuevo en el tapete la cuestión, para los revolucionarios, de la actitud a asumir — en el interés de la causa

inseparable de la libertad y del proletariado — frente a la democracia.

El problema, antes de la guerra y de la crisis de la post-guerra, había sido ya resuelto. ¿Se debe volver a aquella resolución, revisarla, modificar la actitud de intransigente hostilidad a la democracia burguesa que entonces habían asumido los revolucionarios del socialismo, y más especialmente los anarquistas? Yo creo que no; pero me parece que, sin embargo, las razones que se aducían una vez para la negativa debían ser revalorizadas y reforzadas a la luz de los últimos acontecimientos, para que las apariencias no vuelvan a engañarnos, para que no resurja la ilusión de que la democracia pueda ser un ancla de salvación contra la reacción que avanza.

Es preciso evitar, sobre todo, que la experiencia histórica hecha desde 1789 en adelante, y más especialmente la del último medio siglo, se pierda, y se vuelva a caer por los pueblos en las ilusiones y errores del pasado, que nos han conducido a los horrores y dolores presentes: ilusiones y errores que ayer estaban unidos a ventajas derivadas de las revoluciones de que surgieron en parte, pero que en lo sucesivo no servirían más que para reproducir los antiguos daños y hacer hundir la causa del proletariado en el mismo abismo en que la democracia está condenada a precipitarse, si los revolucionarios se dejan seducir por las sirenas democráticas hasta hacer causa común con aquella.

Nosotros hemos señalado ya en artículos precedentes las relaciones históricas entre el anarquismo — que está destinado a convertirse en la idea directriz y animadora de la revolución social — y el movimiento intelectual y revolucionario anterior al resurgimiento de las reivindicaciones socialistas. Hemos visto cómo todo período histórico se asocia a un período precedente, sea en el desenvolvimiento de los hechos como en el de las ideas; toda la revolución tiene por eso su engranamiento con las revoluciones que le precedieron y con las que le seguirán. Hemos comprobado, por tanto, cómo las ideas anarquistas se enlazan por mil hilos a otras ideas, que se manifestaron en el curso de las revoluciones burguesas, de donde ha salido la democracia actualmente dominante... y declinante.

Pero todo eso no impide que hoy los anarquistas se hallen frente a la democracia que ha conquistado el poder, en la posición de enemigos — y de enemigos tanto más áspersos cuanto más sienten el contraste de los orígenes revolucionarios de aquella y de las promesas hechas al aparecer en nombre de la libertad, con el renegamiento cada vez más desfachatado de sus tradiciones y con los sistemas de explotación y de opresión política y económica que se han ido acentuando cada vez más en daño de la clase obrera y de la libertad.

Hasta hace unos cincuenta años la democracia, no habiendo consolidado aún completamente su dominio contra los viejos partidos reaccionarios y clericales, permitía aún ilusiones. Nosotros recordamos cómo en torno a 1900 en Francia y en Italia, los partidos revolucionarios se hallaron automáticamente y por necesidad colaborando con las fracciones diversas de la democracia más liberal en la lucha contra la reacción. Baste recordar para Francia el "affaire" Dreyfus y para Italia las luchas por las libertades más elementales (de organización, de prensa, de reunión, de huelga y de pensamiento) lidiada contra la prepotencia reaccionaria encarnada en Crispi y Pelloux. No es que los más conscientes entre los revolucionarios se hiciesen ilusiones; la historia les recordaba los fastos de la república masacradora de



Cómo lleva Inglaterra la civilización cristiana a China

los obreros franceses en junio de 1848 y en mayo de 1871, y de las Américas lejanas, donde el experimento democrático se había desarrollado ya, llegaba el admonimiento de los hechos, frente a los cuales el liberalismo burgués se había mostrado el enemigo más encarnizado de las clases trabajadoras. Mientras tanto las necesidades del momento imponían a los revolucionarios que no escudriñasen demasiado la naturaleza de los que se ponían a su lado en la batalla contra la reacción, en la urgencia de la defensa contra ésta.

Pero este período terminó muy pronto, tanto para Francia como para Italia, e igualmente para las otras naciones; en Alemania, por ejemplo, se había terminado hacía muchos años. La democracia de principios del siglo había consolidado en todas partes su poder, y nosotros hemos podido verla más de veinticinco años en la obra en toda su función integral, no turbada ya seriamente por las fuerzas reaccionarias absolutistas y clericales, las últimas de las cuales se habían persuadido que convenía mejor a sus intereses unirse a la democracia en una obra de conservación social, combatiendo juntos contra el proletariado y contra la revolución nueva que se anunciaba en el horizonte de la historia.

Consolidada en el poder, la democracia se convirtió a su vez en reaccionaria. Demostró experimentalmente, con la propia obra, lo que los anarquistas habían afirmado desde Proudhon en adelante: que todo gobierno, todo poder, es por su naturaleza reaccionario, y que los partidos que quieren conquis-

tar el poder son destinados todos, tarde o temprano, a volverse enemigos del pueblo y de la libertad y a convertirse en exponentes de los intereses de una clase en perjuicio de todas las demás. Se delinea ya en efecto (como hemos apuntado otra vez) en el seno del mismo movimiento democrático actual, la función reaccionaria y parasitaria de la futura democracia socialista, que se hizo tanto más conservadora cuanto más se aproximó el momento de su triunfo, antes de la crisis fascista que la ha hecho retroceder casi en todas partes; y que se ha vuelto efectivamente autocrática y absolutista donde, como en Rusia, consiguió triunfar con el bolchevismo surgido de ella. No hay que olvidar la feroz y sangrienta represión de la revolución germánica, de la cual tanta responsabilidad directa pesa inexorablemente sobre la socialdemocracia. La socialdemocracia, por tanto, es cada vez menos el exponente de los intereses de todos los trabajadores para acomodarse a representar el dominio de una especie de aristocracia obrera y burocrática, la cual acabará por aliarse con las clases actualmente dominantes en perjuicio una vez más de las mayorías explotadas y sometidas... si, naturalmente, no viene la revolución a turbar el desarrollo de los acontecimientos y a impedir el monopolismo reformista.

La obra reaccionaria de la democracia que aparece, pues, bajo una luz tanto más antipática, cuanto que la burguesía liberal descarada y cínicamente no admite otros motivos en su defensa que el de la conservación del poder y el de la defensa de sus propios intereses materiales, contra todo principio de justicia y de libertad, contra aquellos mismos principios en nombre de los cuales ha triunfado con la ayuda de las otras clases sometidas. Positivista y materialista, en el sentido más bajamente utilitario, no tiene el pretexto que empleaban las antiguas oligarquías clericales y aristocráticas, es decir, que cumplían una misión divina y humana superior. Con buena o mala fe, no importa, el clero y la nobleza de un tiempo se decían emanación de un dios; la burguesía defiende en cambio, su poder y no dispone de otro pretexto que del pretexto real, del propio interés egoísta de dominación y de explotación.

La falta de toda justificación ideal, la reducción de su lucha contra el proletariado a los términos mínimos de un conflicto de intereses, la conciencia de que nadie, amigo o adversario, cree de ninguna manera en un derecho moral suyo, y el recuerdo de haber demolido ella misma en el pasado toda idea de desigualdad real entre los hombres, — todo eso la ha hecho todavía más feroz y vil en la obra de represión. Debe sustituir con la fuerza material y la violencia opresiva la fuerza moral y las buenas razones que le faltan completamente. Las rebeliones de los esclavos y de los siervos de la gleba eran antes más fácilmente reprimidas, pues los rebeldes se creían en serio inferiores a los propios tiranos; el nombre del rey y el nombre de Dios constituían una violencia moral que sustituía hasta cierto punto a la física. La democracia no puede invocar más que el dios-dinero en apoyo de sus privilegios; y he ahí por qué las masacres que hoy mismo se recuerdan en la cuenta del clericalismo y del feudalismo — como la noche de San Bartolomé y los estragos de los jacks, — no son nada en comparación con las masacres proletarias ejecutadas por la burguesía liberal en cien años escasos de dominio.

La historia de Francia de la III república es una de las pruebas más elocuentes de todo esto. En pleno siglo XX, en la república, que es como el faro hacia el cual se dirigen las democracias más avanzadas

de los países monárquicos, la libertad de pensamiento, de organización, de reunión y el mismo derecho a la vida de los obreros y de los revolucionarios han sufrido tales ultrajes, tan monstruosos y continuados, que se asemejan como una gota de agua a otra gota de agua a las persecuciones reaccionarias que un tiempo reprochaban los demócratas a los gobiernos de los dos Napoleones, de la Restauración y de la república conservadora de los primeros tiempos, poco después de la Comuna. La declaración de los derechos del hombre ha sido lacerada y arrojada al estercolero; y todas las corrupciones administrativas y especulativas, de que se acusaba un tiempo a los conservadores, han ensuciado al gobierno democrático: robos y estafas colosales, como la sacada a relucir por el asunto de las liquidaciones de las congregaciones religiosas alrededor de 1910, repitieron los escándalos famosos de Panamá, — con esto de peor: que un tiempo esos escándalos indignaban a todos, mientras que han pasado casi desapercibidos cuando, más recientemente, el dominio de la democracia parecía que debía asegurar un mayor control y una intervención purificadora de la pública opinión. Eso no ha impedido siquiera, a los exponentes y responsables máximos de estos escándalos, ocupar luego los más altos cargos del gobierno.

Me he referido a Francia, porque ésta, por su tradición histórica y por la opinión que de ella se tiene en el mundo, pasa por ser el país democrático por excelencia; pero lo mismo se puede decir de todos los otros países democráticos de Europa y de América, — sin excluir el régimen democrático de antes del fascismo en Italia, que ha girado un cuarto de siglo en torno a la persona de Giolitti.

La guerra de 1914-18, — en la que el capitalismo europeo y americano ha celebrado sus saturnales de sangre, — ha demostrado cómo la democracia se había convertido en un régimen incompatible con todo desarrollo ulterior del progreso humano. Fue, por aquél enorme desastre en que fueron arrojados tantos pueblos, no (como se pretendió) la enemiga del militarismo y del autoritarismo imperialista alemán, sino sólo su rival, sobre el mismo terreno delictuoso de explotación y de sometimiento, y su cómplice al mismo tiempo, al lado de la plutocracia anglo-americana y de la autocracia zarista en nada mejores y bajo muchos aspectos peores que sus antagonistas.

Los verdaderos y máximos sacrificados fueron la libertad y el proletariado; y lo habrían sido más aún sin la intervención de la revolución rusa, benéfica a pesar de su sucesiva involución bolchevista. ¿Qué maravilla hay en que el fascismo, después de haber coqueteado un primer momento con la democracia y de haber explotado la ilusión de servirla contra el proletariado que la amedrentaba, sea hoy tan fuerte contra ella como para estar en vísperas de desposeerla completamente?



JEAN GRAVE

TRABAJO ANARQUISTA

Si quieren trabajar para reponer el movimiento, desencadenar la revolución y preparar el advenimiento de la sociedad que desean, los anarquistas deben comprender que no basta hacer propaganda a diestro y siniestro, proclamarse revolucionarios, anarquistas, contentándose con denunciar los males de la autoridad y del capital.

Hacer odiar la autoridad y los procedimientos capitalistas no es una tarea inútil, ciertamente, pero es insuficiente si se detiene en eso.

La autoridad y el capital son combatidos desde hace siglos; pero por el hecho que son los reguladores de la máquina social actual, no basta denunciar su perniciosidad, es preciso, además, demostrar que pueden ser reemplazados por una organización más sencilla, más equitativa, en donde cada uno podrá hallar el bienestar, el empleo de sus facultades y desarrollarse libremente.

Lo que prueba lo que digo es que desde los siglos que se combate la autoridad, el malestar de la organización capitalista, se hicieron buen número de revoluciones para mejorar las relaciones entre los diversos miembros de la sociedad, pero esas revoluciones habrán podido reducir un poco — tan poco — la importancia de la autoridad, pero el capitalismo ha continuado desarrollándose.

Es que cuando se trata de las relaciones sociales, no basta proclamar la nocividad de los rodajes que las controlan, es preciso además trabajar por cambiar esos rodajes. Y, más aún, asegurarse de que aquellos con los cuales hay el propósito de sustituirlos difieren de los anteriores por algo más que por el nombre. Eso ha ocurrido en las revoluciones pasadas, donde se dejaba subsistir los mismos rodajes, contentándose con adornarlos con una denominación nueva.

Eso implica que es insuficiente proclamar la destrucción de un orden social malo y desear uno mejor. Es preciso, además, saber lo que lo hace malo, a fin de que aquel por el cual se le reemplace no produzca los mismos malos efectos.

Lo que implica, aun, que el funcionamiento del orden social que se propone uno instaurar deberá ser estudiado cuidadosamente.

Muchos anarquistas creen, erróneamente, que basta proclamar la carencia de la autoridad y del capital, invocar la revolución y afirmar que, luego, todo marchará magníficamente.

Meciéndonos en esas ilusiones se va a la derrota y las revoluciones abortan.

Si los anarquistas hubiesen querido prestar un poco más de atención al problema de la sociedad futura, al trabajo a realizar en período de revolución, se habrían ahorrado muchas desilusiones, muchas causas de desviación y de división, y el movimiento no iría al azar como va hoy. Uno de sus errores fue la falta de cohesión entre ellos.

Se formaron grupos, porque es preciso asociarse a otros para tener éxito en lo que se emprende, y porque toda propaganda de ideas, para ser eficaz, exige esfuerzos reunidos de los que profesan esas ideas; pero la mayor parte del tiempo esos grupos no respondían a nada preciso ni tenían en vista ningún trabajo claramente definido.

"Discutir las ideas", eso está muy bien, pero no se debe discutir siempre, es preciso, un día, obrar. Y si no se ha encarado ningún modo de acción se corre mucho el riesgo de no poder obrar cuando se presenta la oportunidad de la acción.

Por otra parte, se tuvo el error de discutir objetivamente, de no abarcar muchas cuestiones más que desde el punto de vista abstracto, como si no presentasen más que una faz, y asentar sobre ellas modos de obrar.

Ahora bien, los acontecimientos se presentan raramente como se les ha previsto, como se les ha discutido, lo que hace que, con mucha frecuencia, no se comprenda su significación más que después que el momento de obrar ha pasado u os lleva a obrar absurdamente.

"Hacer propaganda", eso es necesario, pero muchos y diversos son los medios de hacerla y se tiene el riesgo de agitarse inútilmente si no se sabe elegir la labor a que entregarse, adaptar las energías a las circunstancias en que se trata de ejercerlas.

Es lo que se ha producido en ocasión de los acontecimientos suscitados por la última guerra.

Además, en circunstancias ordinarias, esos grupos, so pretexto de iniciativa, no tuvieron relaciones seguidas. Cada cual obraba en su rincón sin ocuparse de los otros, ignorándolos a veces.

Que se ha hecho trabajo, y bueno, a pesar de esos caos y de ese maremagnum, es indiscutible; pero ha bastado que una diferencia de opiniones se manifestase respecto a la conducta a tener en la situación creada por el estado de guerra para que toda la la-

bor realizada durante cuarenta años fuese aniquilada — por un tiempo al menos.

Y eso porque, habiendo discutido la conducta de los anarquistas en tiempo de guerra, desde el punto de vista abstracto, la mayor parte se hallaron desorientados pues las cosas no se presentaban como ellos habían previsto.

Por otra parte, no teniendo relaciones seguidas entre ellos, aislados unos de otros, cada cual se cerró en su credo no queriendo ver en nada el punto de vista de los otros.

Era inevitable que a consecuencia de eso nuestro movimiento se eclipsara. Saber si está muerto o no, esa es otra cuestión. En el curso de la evolución se producen retrocesos que parecen aniquilar el trabajo de numerosos años, pero a veces no es más que un retroceso momentáneo, y el curso de las cosas sigue su marcha ascendente.

El trabajo de los cuarenta años de propaganda anarquista ha sido demasiado intenso, ha abarcado demasiados elementos. Las ideas emitidas tenían demasiada fuerza para volver a caer en el olvido. Nuestro fracaso no es más que momentáneo. La regresión originada por los cinco años de guerra terminará un día y nuestras ideas volverán a ocupar su puesto en la lucha por la emancipación de los individuos.

Aquellos que reinicien la lucha en el lugar donde quedó interrumpida, deberán tener en cuenta las faltas cometidas por los que les precedieron, para evitar la recaída en ellas.

Tendrán que comprender que la revolución inevitable, útil para abatir la autoridad y el capitalismo, no hará más que la mitad de su tarea al desbrozar el terreno de los obstáculos; pero que la sociedad de libertad y de bienestar no surgirá, por su sola fuerza, de las ruinas del antiguo mundo.

No bastará, tampoco, que los revolucionarios hayan estudiado teóricamente su funcionamiento sino que hayan formado además entre ellos algunos grupos de relaciones económicas, capaces de servir de base, cuando la revolución estalle, a la nueva organización social.

Deben renunciar a permanecer aislados, los anarquistas tienen que esforzarse por organizar grupos, capaces de trabajar, cada cual por su parte, en los propios fines, pero sintiéndose en contacto, a fin de sistematizar la lucha contra los abusos actuales y prestándose una ayuda mutua, siempre que sea necesaria, y en el límite de las posibilidades.

Hallar, para eso, un medio de federación que ligue entre ellos a los grupos y a los individuos.

Sólo que esa federación no deberá como se intentó hasta hoy, organizarse según los modos de centralización de que no se consigue desembarazarse uno. Esa federación no deberá ocupar el puesto de los grupos adherentes para la labor a realizar.

Es error de todos los que, hasta aquí, han intentado unir a los anarquistas, el creer que la federación está ahí para encajar cotizaciones que permitan a los que están a su frente, ejecutar el trabajo que se decida en una consulta a los adherentes.

Eso equivaldría a marchar hacia la escisión, porque, aun entre los anarquistas más convencidos, se hallarán siempre diferentes maneras de encarar la labor a realizar, sobre la urgencia o la oportunidad de tal o cual acción.

Cada grupo debe ser dejado libre de obrar cuando y como lo entienda.

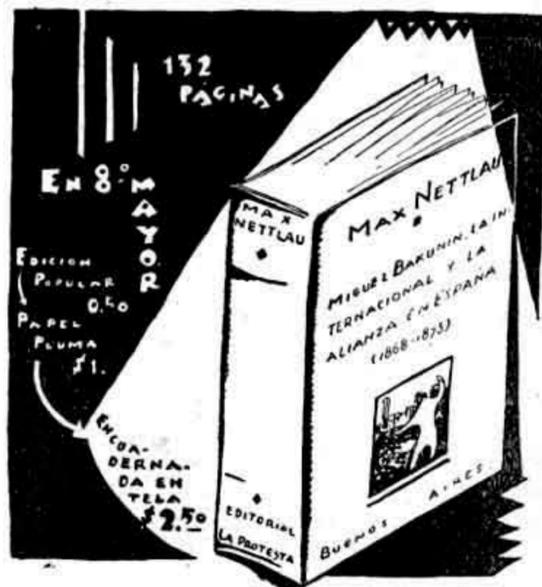
La federación no deberá tener por objetivo coordinar los esfuerzos de los individuos poniéndose en su lugar. Deberá solamente proporcionarles los medios para entrar en contacto, para conocerse, para comunicarse sus puntos de vista y asociarse con aquellos que tengan las mismas opiniones.

Por otra parte, los anarquistas deben comprender que la iniciativa no es desmenuzamiento, no es trabajar cada cual en su rincón propio, cuando a veces bastaría un poco de buena voluntad para obrar juntos.

Pero para que la federación sea estable, útil, es preciso ante todo que los grupos que la componen sean estables ellos también. Y para que un grupo sea estable, es preciso que los que la componen tengan un trabajo de alguna duración en vista.

Que se formen grupos de discusión, eso está muy bien, pero hacen falta, sobre todo, grupos de acción en donde los participantes, al poder desplegar su actividad en ellos, sentirán nacer el interés por la vida del grupo.

No es la labor lo que falta. El único obstáculo está en la elección: abusos que combatir, obras de propaganda a realizar. Hay lugar para todas las aptitudes.



D. A. DE SANTILLAN

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Para fines de mayo se convoca al tercer congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Lieja. Esa reunión es necesaria ante todo para examinar la situación creada a nuestro movimiento internacional por la reacción y para reafirmar ante el mundo proletario de todos los países la bondad de nuestra orientación, la justicia de nuestros postulados.

Entre los puntos que no admitirán más discusión, y que se proclamarán como una reivindicación necesaria y vital para el movimiento obrero y para el progreso humano, figurará, sin duda, la cuestión de la disminución de la jornada de trabajo.

Fué en el segundo congreso de nuestra Internacional, en marzo de 1925, donde quedó aprobada una resolución que prometía el más decidido apoyo a todo esfuerzo que se hiciera en pro de la conquista de las seis horas. No todos de los nuestros creyeron oportuno lanzar aquella consigna; temían el ridículo, la conspiración del silencio que nos harían el reformismo internacional y el comunismo bolchevista. Tal vez tenían algo de razón, pero nosotros también la teníamos cuando asegurábamos que la debilidad de nuestras fuerzas actuales no debía impedirnos proclamar una reivindicación que creíamos ineludible.

Nosotros hemos hecho en la medida de nuestras fuerzas, desde entonces, una campaña sistemática en favor de las seis horas. En la órbita de influencia de nuestro movimiento se habló profusamente, haciendo conocer la necesidad de la nueva disminución de la jornada; en nuestra prensa se han recogido millares de testimonios en favor de la misma tesis, tanto relativamente a la industria como a la agricultura y a muchas profesiones intermedias. Tenemos la conciencia de haber explicado con toda claridad posible por qué la conquista de las seis horas no es ninguna invención de una imaginación febril, sino una imposición de las mismas condiciones económicas en que vivimos. Por desgracia el proletariado vive adormecido en la indiferencia o en los mil motivos de interés secundario, en los deportes, en el radio, en el cine, en la política. Si no estuviésemos tan profundamente convencidos de la ineludibilidad de la reducción de la jornada, el poco éxito obtenido en estos últimos tres años de propaganda, nos habría llevado a la decepción y al cansancio. Sin embargo, estamos donde estábamos ayer, dispuestos a continuar como hasta aquí, machacando sobre lo mismo, hasta que la convicción se convierta en todos los que la poseen en impulso combativo que permita pa-

sar del terreno de la propaganda al de las realizaciones.

Podemos constatar una cosa: Si en efecto no hemos hecho ningún progreso considerable en el sentido de reunir partidarios de la lucha por la reducción de la jornada, tampoco hemos logrado que se nos hiciera una sola objeción a nuestros argumentos. No hemos leído más que dos exabruptos, uno de un diputado laborista mexicano, y otro de un funcionario del gobierno uruguayo que tuvo veleidades individualistas. En punto a incongruencia ambos se daban la mano. En cuanto al reformismo y a todos los que influyen más o menos en las organizaciones proletarias, el silencio en torno a las seis horas tiene algo de sugestivo: parece que hubiera miedo a tocar ese punto e incluso a combatirlo. Se sabe que no hay argumento para ir en contra y se sabe también que sería un gran triunfo para los trabajadores; por eso los reformistas, que atienden más a los intereses del capitalismo que a los del proletariado, callan como en una conspiración tácita.

¿Lograremos romper el silencio? Eso debe ser en lo sucesivo el punto de mira de nuestros esfuerzos. La argumentación de que disponemos en apoyo de nuestra consigna de lucha inmediata, es irrefutable; si los que nos hacen el vacío quisieran hacer frente realmente a la reivindicación de las seis horas, nos harían un grandísimo favor, porque se derrotarían ellos mismos en el cúmulo de las contradicciones.

La situación no ha cambiado desde 1925. Al contrario, aquellas características especiales que mencionábamos entonces como razones para emprender la lucha por las seis horas, no sólo no han desaparecido sino que se han acentuado y hoy está al alcance de todos su observación y su estudio.

El otro día publicaban los diarios un telegrama de Washington con el texto que sigue:

"El 'Federal Bulletin' en el último número publicado reproduce algunas estadísticas que prueban que durante el mes de enero se produjo en el país una disminución de trabajo, la consiguiente disminución en los totales de salarios pagados y un aumento en la producción.

"Tomando el término medio mensual desde 1923 a 1925 como representado por 100, los cálculos para enero de este año son los siguientes: producción industrial, 106; producción manufacturera, 107; producción mineral, 103; ocupación, 88; total de salarios pagados 98 contra 99, 99, 103, 89 y 102 que co-

rresponden a los mismos ítems por el mes de diciembre de 1927.

"Estas cifras son en general interpretadas en apoyo de la teoría de que la adopción de implementos mecánicos es un factor importantísimo en la desocupación actual".

Eso mismo es lo que hemos probado con millares de ejemplos, eso es lo que demuestra, refiriéndose a Alemania, Rodolfo Rocker en su estudio sobre la racionalización. El número de los obreros disminuye, la producción aumenta y los gastos de la producción decrecen; por consiguiente los beneficios del capitalismo son cada vez mayores.

Hay actualmente en Estados Unidos más de cuatro millones de obreros sin trabajo. En Europa llegan los desocupados a 10 millones. Son cifras nunca vistas por su magnitud y por su persistencia.

¿Es posible que haya quien crea sinceramente que esa situación puede cambiar por virtud de las medidas que tome el reformismo o el capitalismo?

Tal vez se adelantó ya algo. De cuando en cuando se han manifestado síntomas de que no se mira hoy con la misma hostilidad que hace unos años, en ambientes ajenos al nuestro, la idea de la reducción de la jornada de trabajo. La luz tiene que hacerse y al comprender que no hay otra salida en esta situación, se echará mano al recurso que ofrecemos, pero meditando que en sus consistencias sea lo menos beneficioso posible para los trabajadores y lo más ventajoso que pueda para el capitalismo.

Si nosotros no marcamos por nuestra actividad y nuestro espíritu de lucha el tono de la contienda si dejamos que la jornada de seis horas sea establecida de arriba a abajo, no por la acción directa de

los productores y en las condiciones deseadas por estos, hay que tener por seguro que serán confiscados por nuestros adversarios los mejores frutos de esa conquista.

No se trata sólo de imponer las seis horas, se trata de conservar el mismo nivel de vida a que se ha llegado con las ocho. Y esto es lo que no querrán conceder los capitalistas. Por eso ha de serles arrancado por la fuerza, por eso debemos prepararnos para la lucha efectiva, una lucha con todas las armas que exigirá grandes y penosos sacrificios.

Resumamos: Se reconoce por todos que la situación actual es insostenible, que Europa no puede mantener sin experimentar consecuencias funestísimas, diez millones de obreros sin trabajo, que la cifra de cuatro millones de desocupados para Estados Unidos es alarmante a pesar de toda la riqueza de los magnates del dólar. La batalla por las seis horas tiene que entablarse, tarde o temprano. La misma esencia de los nuevos desarrollos económicos la imponen, una vez constatado el fracaso de todas las cataplasmas del legalitarismo, de todas las argucias del capitalismo y de todas las sugerencias del reformismo.

El tercer congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores confirmará la necesidad de la jornada de seis horas. La convicción de la importancia de esa reivindicación ha llegado a todos los anarquistas y sindicalistas revolucionarios. Lo que echamos de menos ahora para el buen éxito de la contienda entablada, es un poco de agresividad. No contentamos con tener razón y falta la voluntad combativa que luce y se agite por encarnar esa razón en hechos de la vida.

En la próxima semana

A P A R E C E R A

Temas Subversivos

Un volumen de 350 páginas, \$ 1.50

ARTHUR SEEHOF

Decadencia de la lucha de gases ¿y luego?

En base a los hechos conocidos hasta ahora sobre las grandes maniobras con gases de los ejércitos polaco e inglés, no se puede ya dudar de que en una próxima guerra química tendrá el puesto más distinguido entre todos los instrumentos de muerte. Pero tal vez — dirá alguno — resuelva la Liga de las Naciones o alguna otra organización inter-estatal una prohibición de la guerra de gases, y luego ¿qué ocurrirá? En un periódico dirigente de la burguesía americana, el "New York Commercial", se podían leer no hace mucho estas palabras:

"La guerra no conoce ley alguna. Y cuando un país se complica en una guerra por su existencia, la historia enseña que empleará el arma más eficiente que posea, sin importarle si fueron concertados tratados en tiempos de paz".

Que así será lo ha demostrado hasta la saciedad la última guerra.

Para ahorrarse a los hombres de Estado lo poco que pueden hacer, la ratificación de los pactos contra los gases venenosos, se realiza en casi todos los países una propaganda realmente loca y repulsiva en favor de los gases venenosos, es decir, en favor del arma química. De los numerosos himnos de alabanza que se cantan a los gases venenosos, reproduzcamos aquí sólo los que cayeron bajo nuestros ojos en los últimos tiempos. Por ejemplo, en el periódico ya mencionado, el "New York Commercial" se lee:

"No es improbable que la próxima guerra produzca un gas que mate de inmediato y sin dolor".

¡Qué amables! ¡Qué humanitarios! — Naturalmente el mundo de los sabios alemanes, o lo que así se llama, no puede faltar en el círculo de aquellos que ensalzan alta y distinguidamente la humanidad de los gases mortíferos. El profesor de química de Breslau, J. Meyer, conocido como "padre de la lucha de gases", escribe en la obra "Der Gaskampf und die chemischen Kampfstoffe" entre otras cosas magníficas:

"Contra las materias de la lucha de gases se puede uno defender y proteger, y hasta se puede escapar a ellas, dado que se es advertido a tiempo por sus efectos excitantes, generalmente por la fuga".

Pero... las maniobras londinenses y varsovianas con los gases han demostrado justamente lo contrario, pero ¡qué importa eso a un — casi estaba por decir — sabio alemán!...

También en la redacción del diccionario Meyer parece haber madurado un elevado conocimiento. Esa famosa obra de consulta escribe en el sexto volumen lo que sigue:

"Lucha de gases... según cuadros estadísticos del servicio sanitario americano, la cifra de los muertos

en los atacados por los gases durante la guerra fué de 2 por ciento frente a 24'8 por ciento de los heridos por balas explosivas. En consecuencia se llega al reconocimiento de que en la lucha de gases se posee un arma militarmente eficiente, pero también extraordinariamente humana, y que las objeciones contra su empleo son insostenibles a la larga desde el punto de vista científico y también histórico".

Pero eso no es nada frente a lo que ha dicho un F. V. D. E. en los más diversos periódicos alemanes. Ese F. V. D. E. no tiene paciencia para esperar la próxima guerra de gases y casi ruega por ella, pues en esa guerra futura — así fantasea ese pilluelo anónimo — "no cae nadie, sólo es puesto fuera de acción por la duración de la guerra".

"Si es muerto un soldado — citamos a ese F. V. D. E., según Gertrud Woker en "Der kommende Giftgaskrieg" — se tiene una contravención a las reglas del nuevo arte de la guerra. La condición es, naturalmente, que la potencia militar de un país esté a la altura del tiempo. El blindaje que asegura al soldado una verdadera defensa es la máscara contra los gases y de su calidad depende la cifra de los soldados que tienen que sacrificar en una guerra su vida. El segundo medio de defensa es un inofensivo pedacito de cal, que todo combatiente llevará atado a su cinturón con una cinta de goma. Debe prestar atención para que no toque su cuerpo ninguna gotita sospechosa, y si ocurre esto, debe limpiar el lugar de inmediato con el pedacito de cal. La cal tiene el curioso efecto de neutralizar y hacer inofensivos los productos químicos más peligrosos. Provisto de una máscara contra los gases de buena calidad y con el pedacito de cal incluso un anciano será capaz de prestar servicio en el moderno ejército del futuro".

Así, pues, a la alegre guerra de gases, y ¡ay! de los soldados que, contra las prescripciones de ese F. V. D. E. se atreviesen a morir de un inofensivo gasecito venenoso.

Simplemente como complemento citemos aquí lo que piensa sobre la guerra de gases un perito militar alemán. En un manual "Die Technik im Zukunftskriege" (Verlag Offene Worte, Charlottenburg) que nosotros no podemos menos de recomendar vivamente, al pasar, a todos los amigos de la paz, pues hay que conocer lo que debe combatirse, escribe el teniente general M. Schwarte:

"Para los soldados las discusiones y las consideraciones sobre humanidad o inhumanidad de un arma no tienen ningún valor. Para él sólo importa una cosa: ¿Es apropiada el arma para aniquilar al adver-

sario? Que el arma química es muy a propósito para eso lo ha demostrado la última guerra, y por eso hay que suponer que la lucha de gases, aunque se nos haya prohibido por el tratado de Versalles, no será suprimida".

¿Comentarios?... Ninguno. Pues ellos — con Groener lo mismo que con Gessler — equivaldría a "traición a la patria".

La industria química puede estar contenta con esos apologistas, con esos propagandistas del arma química. El negocio de los industriales químicos — si la humanidad se deja arrastrar realmente a una nueva guerra — será enorme. Y ante todo sería la I. G. Farben-Industrie la que ganaría miles de millones con esa guerra. Si la industria química de Alemania no supera como en 1913 en un 74 por ciento a las industrias químicas de todos los demás países, el porcentaje de Alemania en una posible elaboración de materias para la lucha de gases alcanza sin embargo todavía a un 43 por ciento de la producción mundial. Esas cifras se han establecido sobre la base de la anterior y de la actual fabricación de colores de alquitrán, y como se sabe la fabricación de gases venenosos depende en gran medida de la existencia de la industria de los colores alquitranados. Si se sabe eso y se tiene presente lo importante que es la industria química de Alemania para una futura guerra, se comprende también por qué los más importantes representantes del imperialismo inglés, francés y norteamericano intentan siempre ligar el I. G. Farbenkonzern, anudarlo a intereses americanos y a ingleses y franceses.

Si la guerra del futuro ha de ser llevada a cabo con todos los medios del asesinato con gases venenosos, está en buena parte en manos de los obreros de la industria química alemana.

Lo mucho que se calcula para una guerra próxima el aprovechamiento del arma de la lucha de gases, se advierte cuando se considera lo siguiente: En los años 1923 y 1924 la administración del ejército inglés ha gastado sólo para ensayos de gases venenosos (sin contar los gastos de las maniobras con gases) la suma de 183.000 libras esterlinas. Se han matado 618 animales de ensayo y gran número de vidas humanas fueron aniquiladas en las pruebas. Sólo para la instalación de laboratorios de guerra química ha empleado el Japón hasta ahora 10 millones de dólares. El Chemical Warfare Service, una sección del departamento norteamericano de guerra, ha tenido a su disposición en 1923: 600.000 dólares y en 1925: 907.980 para la elaboración de la estrategia de la lucha de gases.

Esos ensayos y luego todas las maniobras por las cuales ha sido probada el arma de los gases, han demostrado que una guerra de gases, realizada por grandes flotas aéreas, tiene que destruir de la manera más espantosa y terrible tanto la población inerme como la de los Estados beligerantes.

Si se disputa aún sobre si para el aniquilamiento de toda vida en una ciudad como Londres, Berlín, París, etc., son necesarios 5, 20, 500 ó 3000 aeroplanos, no cabe duda que una escuadra lanzadora de

gases puede destruir en una ciudad cualquiera, en una parte cualquiera de un país, en pocas horas, toda vida humana y animal. Según una comprobación de Franz Karl Endres la enseñanza americana de la estrategia de los gases llega hasta el punto de decir que no hay que "buscar la decisión contra el ejército enemigo, sino pasar por sobre él y abatir el territorio indefenso". — Seriamente nadie cree que toda la población de un país debe ser protegida de algún modo contra los ataques con gases venenosos. Si los técnicos militares proponen edificar a fin de asegurarlos contra los gases y si proponen además esconder en trajes de goma y máscaras contra los gases a toda la población de un país, hombres y mujeres y niños, hay que dar a entender claramente a esos técnicos que no sólo son burdos fantaseadores, sino también charlatanes imbéciles, simples y sin escrúpulos. Pues en el momento decisivo esas construcciones, etc., no serán más que para aquellos que tuvieron en toda guerra la posibilidad de conservar su vida "preciosa" para la "patria", la posibilidad de obtener beneficios de la muerte de millones. Por lo demás esas fantasías de construcciones subterráneas y de trajes de goma sólo son un medio para adormecer a las grandes masas que por desgracia son todavía crédulas, un medio para hacer aparecer soportable a los demasiado crédulos la más criminal y loca de todas las guerras, la guerra de gases.

Si la humanidad quiere permanecer inmune de esa nueva guerra, de la guerra de gases, si no quiere envenenarse en pro de los intereses de los industriales químicos, de los fabricantes de goma y de petróleo, si no quiere dejarse matar, entonces no tiene nada que esperar de lo que se hace en Ginebra y que se llama "desarme", sino que debe hacer frente con todos los medios al imperialismo capitalista que se prepara para la guerra, que lleva en sí la guerra.



R. BARRETT:

PAGINAS OLVIDADAS

La cuestión social

Vengo leyendo desde hace meses los artículos que dedica a la cuestión social en "El Economista Paraguayo" su director Rodolfo Ritter. Alabar a los amigos me repugna un poco: me hace el efecto de alabarme a mí mismo; pero ¿por qué no he de reconocer la verdad, sobre todo cuando se trata de una persona cuyas ideas no acepto? Ritter es de lo que puede ofrecer el Paraguay intelectual de hoy. Los profesores de gramática del colegio nacional imputarán al doctor Ritter incorrecciones muy naturales en quien no maneja su propio idioma; nosotros en cambio nos felicitaremos de que posea cuatro o cinco lenguas y nos ponga en contacto con las literaturas respectivas, aunque sea a trueque de que no domine todos los secretos del le, del lo, y del hubiera, habría y hubiese habido. Lo frecuente y lo triste es cometer galicismos sin saber francés. Digo que estamos en presencia de un talento claro, flexible, extenso, que se asimila con fácil rapidez cuanto percibe, y expresa con lúcida elegancia lo que se ha asimilado ya. No penséis que la erudición de Ritter se reduce a economía política. Le hallaréis bien informado en historia, en filosofía, hasta en física, en biología y en arte. Está al tanto del movimiento científico contemporáneo. Espíritu ilustrado en el sentido más vasto de la palabra, su gran lectura, su perspicacia, su honradez mental hacen de él un crítico; su trato simpático y su elocuencia hacen de él un maestro. La juventud asuncena usufructuará en él un magnífico texto de consulta: "Amadle, aprovechadle, hojeadle", exclamo en voz alta. Y en voz baja añado: "no le sigáis". Porque Ritter, que lo tiene todo, no tiene la fe.

Hagamos nosotros que tenemos la fe, algunas observaciones al trabajo del doctor Ritter.

I EL PASADO

Nuestro autor empieza advirtiéndonos que la cuestión social es indisoluble. ¿Debemos, pues, considerarla como la cuadratura del círculo o el "perpetuum mobile", un problema por la imbecilidad humana planteado, en el cual, ya que no, guarismos y figuras, se han gastado vanamente infinitas teorías utópicas, frases subversivas y conspiraciones rabiosas? Ritter habría evitado que sacásemos tal consecuencia, si nos hubiera dicho, no que la cuestión social es insoluble, sino que se está resolviendo desde los comienzos de la civilización. Pero no parece partidario de esa continuidad histórica; su primer cuidado es romperla. "Toda la historia de Roma, declara, refleja luchas de clases, pero jamás han abandonado el terreno de las aspiraciones y reivindicaciones individuales... No encontramos ninguna tendencia contraria a la propiedad individual... ni la menor contra el principio de la propiedad individual... etc., etc". Los profetas hebraicos "no aspiraban a la supresión de la propiedad individual, sino de sus excesos... Nos parece pueril buscar en los Evangelios, como se ha hecho tan amenudo, sea la condenación, sea la justificación del principio de propiedad... En toda la doctrina de Cristo y de

los apóstoles no encontramos el menor rastro de una tendencial hostil a la propiedad". Las comunidades cristianas fueron extrañas a nuestro comunismo: "en ningún momento ese comunismo abandonaba la suposición de la propiedad individual". La vida monástica de la edad media "no tiene casi ninguna relación con las condiciones de la vida moderna, ni siquiera con los principios de los reformadores sociales actuales..." Luego nuestra época está aislada de los anteriores; nuestros conflictos, nuestras angustias, nuestras esperanzas no tienen pasado; Babeuf y Owen han crecido por generación espontánea, Marx y Kropotkin han caído de la luna.

¿Por qué entonces nos conmueve aún la voz de Isaías: "el que construya una casa la habitará; el que plante un árbol comerá su fruto"? Este beduino no habla con la precisión de Engels, pero le entendemos muy bien. Entendemos a Epicuro cuando se entretiene en probar a los griegos que un esclavo es un hombre. ¿Tanta distancia hay del "dadlo todo" de Jesús al "todo es de todos" de los modernos agitadores? San Pablo dijo: "el que no trabaja que no coma" y lo repiten hoy todos los trabajadores hambrientos a todos los que comen sin trabajar. "Tuyo y mío... ¡qué palabras de hielo!" clama el Crisóstomo, y añade: "el rico es un salteador". "La propiedad es un robo" contesta diez y siete siglos más tarde el eco de Proudhon. Y el famoso apóstrofe de Tiberio Graco a los patricios, ¿no es de actualidad, no es propio de un Hervé? Oíd: "Las bestias feroces que discurren por los bosques de Italia tienen cada una su guarida y su cueva, en tanto que quienes pelean y mueren por la Italia carecen de techos y de hogares; andan errantes por los campos, con sus mujeres y sus hijos; y sus caudillos no dicen la verdad cuando en los campos de batalla les exhortan a combatir contra sus enemigos por su patria, sus aras y los sepulcros de sus mayores, porque de un gran número de romanos ninguno tiene aras ni sepulcros de sus mayores, sino que por el regalo y la riqueza ajena combaten y mueren, y cuando se les dice señores de toda la tierra, no tienen ni un pedazo que sea de su propiedad". ¿A qué seguir? El doctor Ritter, con una imparcialidad digna de elogio, nos presenta una larga serie de ejemplos por el estilo, debidos a filósofos, a moralistas, y a la agudeza popular de todos los tiempos, y mal que le pese no consigue sino convencernos de la solidaridad histórica de los miserables.

Siempre, lo mismo ahora que hace seis mil años, hubo una minoría que ha vivido del trabajo y del sufrimiento ajeno. Siempre hubo una vasta multitud de infelices, que para el grupo de propietarios armados no eran más que máquinas. Hegel lo ha dicho admirablemente: "La condición esencial de toda tiranía, política o económica, es que ésta obligaba a tratar como instrumentos inertes a los hombres, los cuales, sean los que fueren, jamás piensan en descender al nivel de máquinas materiales". Profetas contra fariseos, plebeyos contra patricios, esclavos contra libres, siervos y pequeños burgueses contra señores feudales, artesanos y manufactureros contra

patrones, es la eterna rebelión de los que no soporan ser tratados como máquinas, de los que prefieren la negación de su ser físico a la de su ser consciente, y sucumbir a degradarse. Por eso la historia de la humanidad no es sino la epopeya única de la conquista de la vida y la emancipación del trabajo. En todo instante el orden social fué observado y demostrado íncuo por los pensadores. Si el aspecto concreto de lo íncuo es la propiedad legal, su aspecto psicológico es la avaricia impune, la avaricia alentada, honrada, erigida en gloria y en virtud. Donde se establece la propiedad se establece la lenta y cobarde tortura de los desposeídos.

Cuando el jefe salvaje se hizo propietario de los rebaños del enemigo, y de campos más fértiles, sustituyó el canibalismo por la esclavitud; cuando los judíos concluyeron de vagar por el desierto, y reposando en la tierra de Canaán se hicieron propietarios, apareció la servidumbre, la miseria, y estallaron las maldiciones de los iluminados; cuando el cristianismo llegó al poder, desapareció la pureza de las primeras comunidades; los grandes santos, con el asco en el alma, huyeron a los páramos y a las selvas; el catolicismo, al hacerse propietario, se volvió usurero y verdugo. No seamos formulistas al punto de discutir la sublime unidad de nuestras luchas sólo por no haberse en tal o cual período negado de una manera explícita el concepto jurídico de la propiedad. Rechacemos la casuística distinción entre el principio de propiedad y sus excesos. Miremos más alto, más hondo; no tengamos miedo de hacer la realidad demasiado amplia. El principio de propiedad no puede ser justo; el exceso de lo justo no puede ser injusto. La propiedad es una forma de parasitismo; desarrollada o en germen es un veneno que nos debilita, que nos enferma, que nos hará perecer si no lo eliminamos. ¿Qué médico sería el que se conformara con los bacilos de Koch, y se limitara a corregir los excesos de la tuberculosis? Es el sistema de Roosevelt, de los millonarios filántropos — ¡tan filántropos y sobre todo tan millonarios! — el sistema de la inextinguible "raza de víboras", servir a dos amos, poder hipócritamente las ramas del árbol del mal mientras en sigilo se abona y se riega su infame raíz. Mas, ¿qué importa? No se ataca, no se circunviene, no se conmina la obra de la propiedad sin herirla en su centro mismo. Espartaco intenta traer por la violencia el "reino de Dios" a este mundo — es decir, una mejor distribución de la riqueza —; Jesús intenta traerlo por la dulzura a los espíritus: "mi reino no es de este mundo", es decir, del mundo de hoy, pero sí del de mañana. ¿Qué es lo espiritual, qué es el cielo, sino la imagen del porvenir, la visión de la felicidad de nuestros hijos? Ante Espartaco y ante Jesús, ante el golpe y ante la plegaria, la propiedad retrocede. Contemplad el inmenso fresco de la historia; ved la propiedad en perpetua retirada ante el trabajo, cediéndole una parte siempre mayor de bienestar, de inteligencia y de empuje. Desde los esclavos que faneaban bajo el látigo, con grillos en los pies, hasta los obreros modernos, instruídos, activos, sueltos y ágiles, con la rebeldía metódica en el cerebro y la victoria final en el corazón, ¡que enorme camino recorrido! ¡Ved la propiedad cercada y oprimida por millones de brazos atléticos, que la asfixian poco a poco! ¡Qué ingratos seríamos con nuestros padres, si al reconocer que su sangre y sus lágrimas son nuestras, no reconociéramos que nuestro triunfo es su triunfo, y que la aurora que a nuestros ojos despunta es la que como un presentimiento divino acarició sus nobles frentes, levantadas en medió de la noche!

Dice el profesor Ritter: "La libertad de trabajo ha sido definitivamente operada por la revolución". Rectifiquemos. A quien la revolución ha libertado es a la burguesía. Refundió los antiguos privilegios en el de la propiedad, y los trabajadores experimentaron en el acto los efectos de la unificación de los despotismos. Se les prohibió asociarse, y desde 1876 se proclamó algo que no se toleraba antes: la legalidad del interés del dinero. El préstamo se hizo honroso. La venta fué venerada. Los papás empezaron a predicar a sus hijos la codicia. El cínico ideal que se nos inculca en el hogar y en la escuela es el del austero Guizot: "¡enriquecéos, enriquecéos!" La trama de las relaciones sociales está constituida por el despojo recíproco, siempre que se ejecute en el orden marcado por las leyes. Aunque a la larga nunca daña el aniquilamiento de los privilegios, sean los que fueren, es innegable que por de pronto los derechos políticos empeoraron la situación de la clase productora. Más tarde, y en una reducida esfera, se utilizaron para obtener la libertad económica, que es la única real, pero su acción específica es lubricar, regularizar, asegurar el formidable mecanismo de la opresión burguesa. La revolución puso en presencia al rico del pobre, armando el uno hasta los dientes, extenuado y desnudo el otro, y les dijo: "ahora, el combate es libre; destrozáo, nadie os lo estorbará". Nuestras legislaciones tan benévolas con el homicidio, son implacables para los atentados a la propiedad.

¿Qué se hizo de aquellas hospitalarias, casi patriarcales atenciones a un régimen bárbaro? Hace muchas centurias, sabían los desheredados que cuanto leña pudieran a hombros llevarse del bosque señorial era suya; en ciertos días festivos los príncipes de Italia tenían que abrir sus palacios a la plebe y los de Alemania sentaban a su mesa los villanos. Los códigos actuales, inspirados en la Roma fósil y redactados con una ferocidad glacial, encierran monstruosidades como ésta: "Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario y a su costa." (art. 359 del código civil español). ¿Y qué diremos de la llamada ley de vagos, que considera la indigencia un delito? Pero hay que ir a las jóvenes repúblicas americanas tan atónitas de su Constitución que por respeto no la practican jamás, hay que ir a la nación-estómago para encontrar la idolatría del oro convertido en demencia. Los jueces de Buenos Aires han castigado con cuatro años de cárcel a un desventurado que había sustraído un dedal, y con seis a otro que se había apropiado unos calzones... No obstante, las ideas avanzan, hasta entre los que ostentan la librea de su toga. Un magistrado de los Estados Unidos, después de absolver a un mendigo que había robado — era en invierno — un trozo de carbón de los almacenes de una compañía ferroviaria, le advirtió que se abstuviera de robar mientras no se le nombrara miembro del directorio. Magnaud, que honra a la Francia más que todos sus políticos juntos, dicta desde el modestísimo tribunal de Chateau Thierry sentencias redentoras que extrañan al mundo. Oíd sus máximas: "La propiedad y la delicadeza son dos virtudes infinitamente más fáciles de practicar cuando no le falta a uno nada, que cuando se está desprovisto de todo. — Lo que no puede ser evitado no ha de ser castigado. — Para apreciar con equidad el delito del indigente, el juez debe, por un instante, olvidar el bienestar de que goza, a fin de identificarse cuanto le sea posible, con la situación lamentable del ser abandonado de todos. El obrero sólo es quien produce, y quien expone su salud o su

vida en provecho exclusivo del patrono, el cual no puede comprometer más que su capital". He aquí un regulador de conflictos sociales que no es un juez, que no es un muñeco siniestro, sino un hombre, es decir, un ser de comprensión y de solidaridad.

II

MARX. — EVOLUCION DEL SOCIALISMO

¿Cuál es a punto fijo la opinión del doctor Ritter sobre la influencia presente de las doctrinas de Marx? Afirma que han pasado de moda, y más adelante escribe que "hoy día, después de 62 años, son aceptadas como palabra de evangelio por las docenas de millones de los socialistas de la tierra". El hecho es que los socialistas, más o menos ortodoxos, aumentan sin cesar; el socialismo va invadiendo los países jóvenes — América latina —; las ediciones del "Manifiesto Comunista" se suceden, publicadas en todos los idiomas. No obstante, bajo el epígrafe de "la derrota del socialismo científico", el doctor Ritter se complace en acumular tales objeciones sobre la obra de Carlos Marx, que la indiscutible vitalidad del marxismo se hace inexplicable.

Los hechos contradicen a Marx, que se contradice a sí propio. Es cierto; y nos sería fácil alargar la lista de contradicciones preparadas por el doctor Ritter: El prefacio del "Manifiesto — edición de 1872 — enmienda el capítulo II de las anteriores; culpa de la Commune. Loria, con razón, acusa al tercer volumen de "El Capital" de haber arruinado la teoría de la "plus valía". Etcétera. ¿Y qué? "El hombre absurdo, ha dicho alguien, es el que no cambia". Lo interesante no es enumerar las contradicciones de una mente genial, sino interpretarlas. Tomemos las de más bulto. Según Marx, el proletariado se empobrece progresivamente. Ha sucedido en realidad lo contrario. El doctor Ritter no se quejará de que confirme sus datos con los míos. En un diagrama norteamericano, de origen oficial, se muestra que el alza de los salarios, durante las últimas décadas, coincide con la baja de precios. March, director de la Oficina Internacional de Estadística, expuso en la sección de Economía Social de la Exposición de 1900, un gráfico que resume a este respecto la marcha del siglo XIX: mientras el costo de la vida sube de 45 a 55, la medida de los salarios en oro sube de 45 a 105. ¡Los salarios efectivos se han duplicado! El profesor Denis lo corrobora para el caso especial de Bélgica. Las ciclópeas investigaciones de d'Auvenel ("Campesinos y obreros desde hace setecientos años". — "Historia de los precios", cinco volúmenes. — "Los ricos desde hace setecientos años") arrojan este resultado: de dos siglos acá, las entradas de los nueve millones de familias que componen el bajo pueblo francés se han hecho el doble de lo que eran antes. Pero seamos justos con Marx: mientras los pobres duplicaban sus ingresos, los 420.000 burgueses acomodados triplicaban o cuadruplicaban los suyos, y los 1.200 extra-ricos los sextuplicaban. La divergencia "relativa" entre la clase capitalista y el proletariado se acentúa. Sin embargo, si consideramos sobre todo el florecimiento obstinado de la pequeña agricultura y de la pequeña industria en multitud de lugares, hay que reconocer que la polarización de la riqueza, la miseria absoluta del trabajador con la hipertrofia monstruosa del capital en pocas manos, el proceso, en fin, diagnosticado por Marx, no lleva trazas de realizarse.

¿Luego las ideas de Marx carecen de valor?... ¡Nada de eso! La media de los salarios se ha duplicado, mas una cifra "media" encierra un caos donde hay extremos elocuentes. El alto salario proviene del incremento vertiginoso de la total fortuna

humana; tierras vírgenes, materiales y mentales, incesantemente puestas en explotación; de la demanda de operarios más técnicos siempre y técnicos con mayor diversidad; por fin de la organización defensiva y ofensiva que convierte al proletariado, sesenta años atrás disperso y vencido, en una marea compacta que acabará por cubrirlo todo, y ante cuyo empuje retroceden sin término los capitalistas. Las continuas instalaciones de industrias nuevas, por otra parte, engendran nuevos enjambres de pequeñas industrias accesorias. He aquí un régimen inestable, "abierto", una dinámica que obedece a factores no previstos por Marx, el cual, si se me permite la expresión, estudió la lucha de clases en frasco cerrado. Pero examinemos ahora el bajo salario, que al combinarse con el alto produce la media, el salario marxiano, el "salario de hambre". ¿Dónde aparece?

El frasco cerrado de Marx: en los distritos de intensa civilización, en las industrias viejas y uniformes, de técnica no muy especializada, o abaratada ya por la enseñanza semi gratuita, allí donde los obreros no han sabido asociarse contra los patrones. Las mujeres, en las grandes poblaciones, no consiguen sino salarios de hambre, porque su técnica es vulgar, y porque son rechazadas despiadadamente de los sindicatos. Ejemplo: seis millones de mujeres trabajan en Francia; las costureras ganan en París un franco 25 céntimos (0.25 pesos oro). He aquí su presupuesto: alimento, 65 céntimos; un traje de cinco francos, dos camisas a un franco 75, dos pañuelos a 40 céntimos al año. La aprendiz, con un pesado cartón al brazo, es enviada desde la mañana temprano a hacer el "réassortissement", muy lejos; cuando vuelve, fatigada, se le dice: "pequeña, te has olvidado una cosa..." y se la envía de nuevo. No tiene tiempo de comer; en el camino compra un bollo; a veces toma un vaso de alcohol. Al cabo de pocos meses, se la hinchan los tobillos y entra al hospital. (Paul Acker, "Oeuvres sociales des femmes"). Muchas costureras, para no sentir tanto el hambre, cosen en la cama todo el día. (D'Haussonville, "Salaires et misères des femmes"). Más significativo que el salario de hambre es el salario nulo, la miseria negra, que no se encuentra sino en los centros extra-civilizados, Berlín, Londres, New York, Chicago, París. No me refiero a los degenerados, "contingente del abismo", de que habla Wells, sino a obreros robustos y entendidos, lanzados en cientos de miles al arroyo por el maquinismo y las crisis de producción. Ejemplo: los "sin trabajo", "chômeurs", "rompe-huelgas" eran en Inglaterra 926.000 hace tres años; durante el verano de 1908, el Board of Trade confesaba la tremenda cifra de un millón 125.000. En 1901, había inscritos, solamente en las oficinas de beneficencia de París, 350.000 indigentes válidos. Los horrores de Londres son demasiado conocidos. No le va en zaga New York, "The Relentless City — la ciudad despintada, como la llamó Lafcadio Hearn —. Upton Sinclair ha popularizado la dantesca "Packingtown", el barrio de las fábricas de conservas de Chicago, donde 250.000 trabajadores se amontonaron sobre un "terreno artificial" compuesto de basuras, detritus y excrementos, entre charcas fétidas cuyo hielo se vende. Estos inmigrantes, irlandeses, bohemios, polacos, lituanos, eslovacos, víctimas de los agentes, se organizan mal contra las empresas; tienen todo contra ellos, su candor de campesinos, su heterogeneidad, lo sencillo y rudo de la faena que en ellos se explota. Hombres vigorosos penan en "Packingtown" desde la mañana hasta la noche, en sótanos glaciales, con dos centímetros de agua sobre el suelo; otros, durante seis o siete me-

ses al año, no ven jamás el sol entre la tarde de cada domingo y la mañana del siguiente, sin ganar por ello más que 300 pesos anuales. Niños de apenas 13 años, cuyos padres defraudan la ley para reforzar sus ingresos míseros, ganan menos de la mitad. En invierno, para calentarse, los obreros, cuando no les vigila el capataz, meten las piernas en el tronco recién abierto de las reses. Mientras tanto, millares de "sin trabajo" se agolpan a las puertas de los talleres, de seis a ocho y media, esperando turno. Por un minuto de atraso se pierde una hora de salario en la fábrica; varios minutos exponen a que se vuelva la placa de cobre del obrero contra la pared, lo que significa que se le despide. Las fracciones de hora no se pagan. Los capataces apresuran la labor, a fin de que no haya que pagar los últimos cincuenta minutos. Eso, en cierta fábrica de Chica

go, se llama "trabajar para la iglesia" porque el dueño sostiene infinidad de obras pías. Los operarios se alimentan de harina de patata, en resumidas cuentas celulosa; como el uso de este material para adulterar comestibles está prohibido en Europa, se embarca todos los años con destino a América por miles de toneladas. Escasamente habrá algún obrero que no tenga llagas o marcas horribles sobre su persona. Si se araña un dedo, la menuda lesión concluirá por matarlo; las falanges de los dedos se le van, corroidas unas tras otras por los ácidos de las conservas, o por los ácidos con que impregnan las lanas para que se desprendan, ya que sólo pueden arrancarse a mano. Entre los cortadores raro es el que conserva el pulgar. En los cocederos se sucumbe a los dos años.

(CONTINUARA)

O
C
T
A
V
I
O

M
I
R
B
E
A
U



LA TRISTEZA DE MAESE PITAUT

I

Refunfuñando, blasfemando, escupiendo, maese Pitaut ataviaba a los caballos y se preparaba a marcharse para la labor.

Una linterna con vidrios de cuerno alumbraba el cielo raso entre cuyas tablas horadadas pendían mecheros desgredados de lienzo; y sobre los sórdidos muros, salpicados de estiércol, movíase la sombra desmesurada de las bestias. Luisa, la sirvienta, se asomó a la puerta de la caballeriza:

—¡Hola, mi amo! ¿llamó, mi amo?

—¿Qué hay todavía? preguntó maese Pitaut, juntando los tiros de cuerda de la yunta de caballos y atándolos en un gran nudo. ¿Qué hay todavía?

—¡Es preciso que vengáis pronto, muy pronto! No

sé lo que tiene la Alondra. A pesar de haberle dado zuecazos en el trasero, no se mueve. ¡Y después sufre!... sufre... ¡Dios mío, cómo sufre!

—¿Qué, qué? ¿Y dices que no quiere levantarse esa roñosa?

—¡No!

—¿Qué, qué?... Espérame...

Maese Pitaut desenganchó la linterna y siguió a la sirvienta.

Afuera, el alba aparecía apenas, toda friolenta y toda plácida, en la niebla, una de esas nieblas amarillas de noviembre, sin tierra y sin cielo, una niebla donde los árboles y las casas se bosquejan débilmente y después se borran, se confunden con la atmósfera condensada, descolorida, imagen entrístedora de la nada. En el corral de la granja, las ga-

linas despertadas por la corneta de los gallos, pecoreaban el estiércol; a la orilla del bañado fangoso, los patos alisaban sus plumas; y lentamente, pesadamente, mientras el pastor, seguido de su manada, se hundían en la bruma, como un espectro, las vacas salían del establo, se dirigían hacia su cama de arena, mugían, alargando el pescuezo, y venían una tras otra a frotarse las espaldas contra el tronco del nogal, cuyas ramas peladas, chorreantes de humedad, se desaguaban sobre el suelo con un ruido de lluvia.

Pitaut entró, delante de Luisa, por una puerta abierta, y he aquí lo que vio:

En la oscuridad, al fondo del establo caliente como una estufa, todo lleno de olores acres e insípidos a la vez de estiércol y de lacticio, la vaca descansaba, acostada sobre una cama de helechos fangosos. Sus flancos enormes, todos blancos se henchían y se aplanaban, semejantes a un fuelle de fragua en movimiento; sus muslos, marmolados de manchas rojas, estaban sucios de orín y de bñiga verduzca y de su hocico, alargado sobre la inmundicia de la litera, salía el silbido de una respiración corta.

Alumbrado por Luisa, a quien había confiado la linterna, Pitaut se inclinó sobre la vaca, la examinó minuciosamente, le palpó los miembros con sus gruesas manos violáceas, le palpó los párpados, descubriendo un ojo dulce y sin pensamiento, donde brillaba una llama de fiebre.

—¡Vamos! mi Alondra, dijo con ternura... ¡Vamos! mi hermosa Alondra... ¿Qué es lo que tienes, mi lorita?... ¿Dónde te duele, dí mi reina?... ¿Dónde te duele?

Tomó del pesebre una remolacha que rompió, presentó sucesivamente, después de haberlos olfateado, los dos pedazos a la vaca que volvió la cabeza y no se movió más.

—¡Qué!... ¡qué!... murmuró.

Su rostro, semejante a un pedazo de tierra cuabierto de un gorro, se hizo de repente perplejo. Maese Pitaut se rascó la cabeza repetidas veces y se abismó en reflexiones profundas y penosas, mientras Luisa, balanceando sus fuertes caderas, miraba distraídamente el establo vacío y los pesados madeirajes que se perdían en el ángulo negro del techo. Dejando nuevamente la remolacha en el pesebre, se arrodilló sobre el estiércol, aplicó su oído contra el pecho de la vaca y cerró los ojos para abstraerse más y oír mejor. Una rata asquerosa corrió sobre el montante del pesebre, se deslizó en una hendidura del muro de barro y las gallinas invadieron el establo.

—¡Dios mío, cómo ronca! exclamó Pitaut levantándose... Le hierve en el pulmón, casi casi como la cidra nueva en una pipa... Está enferma esa bestia; seguro que está muy enferma, muy enferma, muy enferma! ¡Caramba, caramba!... ¿Pero qué es lo que tiene, Luisa?...

—¿Decíais?

—¡Vete a buscar los sacos de patatas en el horno y el toldo viejo, a la derecha, sobre el colador!... ¡Dios mío, cómo sufre!

La sirvienta tendió la linterna a su amo y salió, haciendo chasquear sus zuecos.

Inquieto, las cejas fruncidas, Pitaut se puso a gi-

rar alrededor de la vaca, cuyos flancos jadeaban cada vez más.

El miedo de perderla, de verla ahí, tal vez pronto sin aliento, los miembros rígidos, le oprimía el corazón llenándolo de angustia; un estremecimiento sacudía todo el cuerpo. ¡Una vaca tan hermosa, la mejor del rebaño! ¡Una vaca que le daba todos los días diez y seis litros de leche y todos los años un ternero que vendía por 90 francos en la feria libre de Echauffour! ¿Por qué estaba enferma? ¿Con qué derecho quería privarle de un beneficio justo y seguro? ¿Acaso se la cuidaba mal? ¿No tenían siempre buena hierba, zanahorias y remolachas tanto como quería? Al palparle el lomo, el vientre, la papada, la ubre, al levantarle los párpados cerrados, Pitaut no sabía muy bien si debía encolerizarse contra ella o compadecerla. Sin embargo, temiendo aumentar su mal si la brutalizaba, le hablaba dulcemente, le prodigaba caricias.

—¡Vamos, mi hermosa Alondra!... ¡Vamos, mi reina, mi gatita, mi chiquita!...

Pero en el fondo, hubiese querido decirle 'roña', sacudirla rudamente por los cuernos, y desencadenar sobre ella a los perros que la habrían mordido en los jarretes.

Luisa entró trayendo los sacos y el viejo toldo. Los dos, con delicadas precauciones, la envolvieron blandamente en pañales como se hace con los niños.

—¡Vamos, mi pobre Alondra!, decía Pitaut.

Y Luisa repetía a su vez:

—¡Vamos, mi queridita, mi pollita, mi lechoncito!... ¡Vamos, mi pobre Alondra!

II

—¿Quieres callarte, muchacho pícaro!, gritaba la Pitaut que, encorvada ante un vasto caldero, las mangas de su camisa levantadas hasta el codo, aplastaba patatas entre sus manos y las batía después con afrecho y leche agria... ¡Espera, espera! ¡Voy a azotarte yo!... ¡Te enseñaré a chillar así!

Pero los gritos, que partían de una cunita de mimbre, colocada entre las dos camas de la pieza, continuaron y, de repente, fué como un ruido ronco, algo como el estertor de un niño a quien se ahoga.

—¡Ah... maldito pillete! ¡Ah, rabioso!, clamó la campesina... ¿Pero no quieres callarte?

Ante la alta chimenea tapizada de hollín, Riquet, el perro favorito, sentado sobre su trasero, miraba fijamente los restos de un haz de leña que acababa de consumirse, y dos gatos dormitaban, estirados sobre la ceniza caliente.

La Pitaut se aproximó a la cuna donde el niño gritaba siempre. Su pequeña cara flaca, pálida, arrugada y todo gesticulante, daba pena a la vista. Un pellejo flojo cubría sus ojos, la raya de sus párpados unidos, parecía una herida que rezuma. Los gritos eran arrancados con esfuerzo de su garganta contraída y su cuerpo se agitaba convulsivamente bajo las sábanas de lienzo gris.

—¿Cuándo acabarás de chillar, pillete? — dijo la campesina que, inclinándose hacia la cuna, levantó al niño y sacudió el jergón de paja lleno de inmun-dicia... ¡Vamos! — añadió volviendo a acostarlo —

¡Vamos, duermel!... ¡Si te hicieran caso, no podría hacerse nada!...

Abandonó la cuna, fué a arrodillarse ante la chimenea y reavivó el fuego que estaba a punto de apagarse. El perro se levantó, dió la vuelta a la sala, olfateando las baldosas; los gatos despertados se despezaron y treparon sobre una silla. En ese momento entró maese Pitaut seguido de Luisa.

—¡Creo que la Alondra está enferma, muy enferma!

La campesina, que soplabá sober las brasas, se levantó vivamente:

—¿Qué es lo que cuentas?... ¿Qué es lo que dices?... preguntó, palideciendo un poco.

—Digo que la Alondra está muy enferma... ¡Ahí está lo que digo!... ¡Muy enferma!

—¿Qué es lo que tiene?

—No lo sé... Es en el pulmón que está atacada... No come nada... y se hincha.

—¡Y sufre! — apoyó Luisa.

—¡Y está muy, muy enferma! — concluyó Pitaut, arrojando su gorro sobre la mesa, con un ademán desesperado.

Consternada, la Pitaut no decía nada.

Saber de repente que su hermosa vaca, su hermosa lechera, que la Alondra jadeaba, se inflaba, no comía, estaba muy enferma, le había revuelto el estómago. Había quedado toda aturdida. Sin embargo, se repuso pronto, y lanzando a Pitaut una mirada cruel, le gritó:

—¡Se hincha... sufre!... ¿Y tú quedas ahí como un tonto, rascándote la cabeza?... Crees acaso que los veterinarios son para los perros, especie de sotreta?... Los animales pueden reventar, no valen la pena... no te muevas siquiera un paso... Has puesto solamente paja fresca... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

El niño gritaba nuevamente y la cuna gemía bajo el esfuerzo de ese pobre pequeño ser que se debatía contra el sufrimiento. Su voz, tan pronto débil como un quejido, tan pronto penetrante como un desgarramiento, tan pronto sorda como un estertor, tenía imploraciones dolorosas. Pero ni el padre ni la madre oían esos llamados que no se expresaban sino por sonidos inarticulados. Los dos continuaban disputándose. La Pitaut, furiosa, gesticulaba, diciendo:

—¿Tú crees que sanará mientras estés mirándome así con el pico abierto?

Y volviéndose hacia la sirvienta, vociferó:

—¡Eres tú la causa, maldita criatura!... La habrás llevado al herbaje de las avelinas. Y después habrá comido mala hierba.

Cayendo sobre una silla, se cubrió la cara con el delantal y lloró.

—¡Mi pobre Alondra está envenenada!... ¡Ju, ju, ju!

El niño tuvo un violento ataque de tos; se hubiera dicho que su cuerpo iba a quebrarse en un supremo hipo. Pitaut levantó los ojos en dirección de la cuna, cuyo mimbre crujía, y donde se apercibía, por encima de la orilla, dos pequeñas manos flacas que se retorcián.

—¡Qué!... ¿Es el pequeño que chilla? — preguntó. — ¿Qué tiene para chillar así?

—¡No tiene nada... son los dientes!... Mi pobre Alondra... ¡Ju, ju!

—Vamos, voy en busca del veterinario... Y después, no ha muerto todavía. No es necesario hacerse mala sangre de antemano.

—¡Mi pobre Alondra!... ¡Nunca encontraré otra igual, nunca!... ¿Quieres callarte, cochino? Espera, voy a azotarte.

Luisa había tomado al niño, y mientras Pitaut se ponía la blusa, sentada cerca del fuego atracaba con una papilla espesa y mugrienta, al pequeñuelo que se debatía, vomitaba, jadeaba.

III

El doctor Ragaine, calientemente arrebujado con una piel de lobo, conducía su birloche. Trataba de evitar los hondos surcos y las gruesas piedras del camino aquí y acullá. A pesar de su prudencia y de la docilidad de su caballo, las ruedas chocaban a veces contra las piedras o se deslizaban en los agujeros, y el coche bailaba sobre sus resortes como un barco sacudido por las olas. Había escarcha. Algunos cuervos pasaban, muy alto, en el cielo gris, y bandadas de zorzales, atraídos por los callejones de acebo y de los rosales silvestres de que estaba bordado el camino, se levantaban azorados, e iban a posarse sobre las ramas de los manzanos vecinos.

—Buenos días, señor Ragaine, dijo un hombre gordo que, atravesando una brecha del vallado, se puso de repente en medio del sendero.

Estaba vestido con una chaqueta muy corta y un pantalón mugriento que terminaban botas destalonadas y cubiertas de fango.

El doctor detuvo su caballo.

—¡Ah, señor Thorel! — dijo... Buenos días, señor Thorel... ¿Cómo andáis temprano por la campaña?

El señor Thorel respiró un instante, quitóse la bufanda de lana gris que le rodeaba el cuello y respondió:

—Pero sí, señor Ragaine... Tengo, en el Espino, un antenés atacado de muermo e iba, atravesando los campos, hasta la casa de maese Pitaut, por su vaca que tiene neumonía y que curo hace cuatro días... Hay mucha neumonía en este momento.

—¡Hombre!, pero yo también voy a casa de maese Pitaut.

—Sí, sí, ya sé... para su niño... Yo le aconsejé que os viera. Me parece muy enfermo ese niño... Pero no os detengo, señor Ragaine.

—Haremos el camino juntos, señor Thorel, subid conmigo...

—Es que mis botas están llenas de barro, señor Ragaine.

—¡No importa, venid, señor Thorel!

—En fin, sea, señor Ragaine... con mucho gusto...

Un campesino que andaba prestamente apareció en el recodo del camino.

—¡Hombre, hombre! Pero es maese Pitaut — exclamó el señor Thorel que tenía ya una pierna sobre el estribo del birloche... ¡Hola, maese Pitaut!... ¡Buenos días, maese Pitaut!...

—Muy buenos días, señor Thorel y la compañía, dijo el campesino que se había detenido y se descubría respetuosamente.

—¿Y bien? ¿Y nuestra vaca? — preguntó el veterinario.

—Sois muy bueno, señor Thorel... Ha muerto esta mañana... ¡Dios mío, sí! En el tiempo de colocar una duela nueva a una pipa... ¡Ha muerto! Iba a vuestra casa para deciros de no molestaros... Ha muerto que...

Tuvo un ademán de cólera.

—¡Tenemos muy mala suerte!... Hace tres años hemos perdido dos potrillos y un ternero, salvando el respeto... El año pasado, se nos ha muerto una yegua que estaba preñada... Esta vez, no se sabe cómo ha ocurrido, todas las gallinas han muerto; y después ahora, es una vaca, una hermosa vaca, una vaca muy rara, completamente rara... ¡No hay Dios, señor Thorel, seguramente nos han echado un maleficio!... ¡Nos han echado un maleficio!... No me quitarán de la idea que nos han echado un maleficio...

Pitaut golpeaba la tierra con el pie y se arrancaba los cabellos.

—¡Es que representan mucho dinero todas esas pérdidas! ¡Mucho dinero!... Y después, el trigo no anda bien... con una sequía como la que ha habido, los animales no han engordado!... ¡Es mucho dinero!... ¡Sangre de Dios! ¿Quién ha podido echarnos un maleficio?

—¿Y el niño?, preguntó el señor Ragaine.

Maese Pitaut miró al doctor como si no comprendiera.

—¿Deciais? — interrogó.

—¿Cómo está el pequeño enfermo que voy a ver?

—¿Es de nuestro niño, de quien habláis?

—¡Pero, sí!...

—¡Ah, bueno!... ¡Ha muerto también!...

—()—

Ibsen y la libertad de espíritu

Se habla en la prensa de todos los matices del centenario del nacimiento de Ibsen. Los literatos de todos los colores tienen algunas frases de admiración para el gran dramaturgo, del cual se esfuerzan por borrar los himnos ardientes a la libertad, a la verdad y a la justicia.

Ibsen ha sido un flagelador sin piedad de los vicios y mentiras de la sociedad burguesa. Si viviera tendría que estar en guerra abierta con muchos que le adulan ahora y elogian sus obras, porque en la superficialidad en boga, a nada comprometen esos elogios.

Nosotros tenemos para Ibsen una profunda simpatía, tanto por su obra de demolición del mundo

horrible que nos rodea, como por sus esfuerzos tendientes a la creación de un ambiente de libertad y de veracidad en donde el individuo pueda llegar a su pleno desarrollo mental y moral.

Para caracterizar la ideología ibseniana, nada mejor que transcribir algunos fragmentos de su correspondencia.

En una carta a Brandes, 20 de diciembre de 1870, decía:

...“Vivimos con las migajas caídas de la mesa de la revolución del pasado siglo; este alimento hace tiempo que lo estamos masticando y volviendo a masticar. Las ideas tienen necesidad de alimentos y desarrollos nuevos. La libertad, la igualdad y la fraternidad no son ya lo que eran en tiempos de la difundida guillotina. Los políticos se obstinan en no comprenderlo, y por esto les odio. Quieren revoluciones particulares, revoluciones de superficie, de orden político, etc. Todo esto son tonterías. Lo que importa es la revolución del espíritu humano”...

Y en otra carta al mismo, del 30 de enero de 1875 decía:

...“No concedo gran importancia a la organización política, pero la concedo muy considerable a la comunidad de pensamiento y de sentimientos”.

Y el 3 de enero de 1882 escribía desde Roma al gran crítico danés:

...“Cada vez veo más claro que ocuparse de política y afiliarse a un partido tiene algo de desmoralizador. De todos modos yo no podría ser nunca de un partido que estuviese en mayoría. Dice Bjoerson que “la mayoría tiene siempre razón”. Un político de espíritu práctico debe expresarse así. Pero yo digo que “la minoría siempre tiene razón”. Naturalmente que no me refiero a la pequeña fracción estacionaria, a este gran centro político que llama mos partido liberal. Pienso en esa minoría que marcha adelante dejando tras de sí a la mayoría. Estimo que tiene más razón aquel que está más cerca de estar en inteligencia con el porvenir”...

A Bjoerson le escribía en agosto de 1882:

“Marcar su vida entera con el sello de su personalidad: he ahí lo más grande que puede realizar un hombre. Cada uno de nosotros tiene el deber de trabajar en ello. Pero sobre este particular muchos son unos fracasados”...

En “El enemigo del pueblo”, pone en boca del doctor Stockmann, palabras de este temple:

“Maldito lo que importa que se arruine una sociedad de embaucadores. Hay que aniquilarla, lo repito. ¡Hay que extirpar como alimañas a todos los que viven de la mentira! ¡Acabaréis por apestar a todo el país; conseguiréis que el país entero merezca ser aniquilado. Y si el mal llagase hasta ese punto, yo diría con toda la sinceridad de mi alma: Sea aniquilado todo el país! ¡desaparezca todo ese pueblo!”

Los que tengan oportunidad de leer o releer las obras de Ibsen deben hacerlo. Hallarán en ellas muchas contradicciones, pero también saborearán la voluptuosidad de las inquietudes, de las concepciones geniales, de las profecías atrevidas.

Enrique Ibsen nació el 20 de marzo de 1828 en Skien, Noruega, y ha muerto en 1906.

Guilda de Amigos del Libro

En una de las últimas reuniones se tomaron las decisiones siguientes:

Aceptar un arreglo con la editorial de "La Revista Blanca" de Barcelona para la edición inmediata de "Eliseo Reclus, la vida de un sabio anarquista", en dos volúmenes de cerca de 300 páginas cada uno. Esta obra será repartida en su oportunidad a los socios de la Guilda.

También se ha resuelto dar a la imprenta el libro "Dios y el Estado" de Bakunin (tomo IV de las *Obras completas*), primera edición que se hace en el mundo en su forma definitiva.

Son, por consiguiente, tres los volúmenes que la Guilda va a tener próximamente. "Temas Subversivos", está a punto de ser remitido a los socios. Es un hermoso tomo de 350 páginas, que no debe faltar en ninguna biblioteca.

Recomendamos a los agentes y a los compañeros en general, la regularidad de las cotizaciones. Puede ocurrir que un mes, como pasó con "Temas Subversivos", nos atrasemos en el envío de los libros, pero aseguramos a todos que por cada cotización los socios tendrán una obra selecta para su biblioteca, aun cuando vayamos con un mes de retraso al principio, hasta normalizar un trabajo tan vasto como este. Advertimos a todos que la Guilda va llegando ya a los mil miembros y que antes de mayo alcanzaremos la cifra de 1500, que nos garantizará una cotización mensual suficiente para realizar este vasto programa de ediciones en que estamos empeñados.

Nos complace constatar que ninguna iniciativa ha tenido en este país durante los últimos diez años, una acogida tan unánime y grata como esta. Esto nos confirma en la necesidad de la obra emprendida.

A los compañeros, a los que nos conocen, les rogamos que adelanten por lo menos una cotización; es decir, que no retiren los libros de inmediato, sin dejar un mes pago; ese adelanto es lo que nos permite hacer frente a los gastos de las ediciones. Por ejemplo: el que ha pagado enero, en lugar de retirar el libro que le corresponde el mismo mes, lo retira al hacer efectiva la cuota de febrero; y el volumen correspondiente al mes de febrero lo retira al hacer efectiva la cuota del mes de marzo. No queremos hacer de esto una regla general para todos; nos dirigimos a los que nos conocen y a los que saben cómo trabajamos. Los demás pueden retirar los libros a medida que cotizan.

Se ruega a los agentes que nos hagan una vez por mes el pedido para hacer un solo paquete y evitar los gastos onerosos de correo. Los gastos de correo,

cuando los envíos son hechos por intermedio del agente, deberán ser sufragados por todos los socios de la localidad, lo que equivaldría menos de cinco centavos extra por socio.

La Guilda es una asociación de lectores, de editores y de autores de libros. Sustituye para nosotros a una gran universidad proletaria; pero en lugar de cursos para un número reducido de oyentes, nuestra obra cultural se sirve del libro. Pronto estaremos en disposición de anunciar gratas sorpresas para los compañeros y amigos, al hacerles saber la serie de obras que esta asociación podrá editar en pocos años.

Es indispensable que la Guilda traspase las fronteras y arraigue en toda la América latina. En todas partes donde haya un grupo, una biblioteca, un sindicato revolucionario, debe haber un agente de la Guilda, un vehículo de la cultura revolucionaria que nos proponemos desarrollar. Reconocemos que la labor no es fácil, y ya podemos mencionar el caso del estudiante Nestor Donoso de Talca (Chile), nuestro agente en aquella localidad, que ha sido interrumpido en su cooperación y debe estar ahora en camino hacia la isla de Más Afuera. Sin embargo la Guilda de Amigos del Libro es más poderosa que las bombas de dinamita y no hay tiranía que melle sus filos.

Para los socios que no deseen recibir "Temas Subversivos", aparte de los lotes mencionados en la lista dada el mes pasado, agregamos, a propósito del centenario del nacimiento de Tolstoy, el libro: *¿Qué hacer?* con el pequeño volumen "Nuevas orientaciones, del mismo autor. También podemos servir a los interesados la novela antimilitarista de Berta de Suttner: "¡Abajo las armas!"

Advertimos a los socios de la Guilda que lean el ruso y el alemán, que tenemos también un vasto surtido de obras en esos idiomas y que podremos servirlos a precios inferiores a los precios de librería, descontando el importe de las cotizaciones mensuales.

Por fin nos es grato comunicar a los socios de esta institución de cultura que, no obstante todas las hostilidades, muchos de aquellos que habían hecho casi un oficio de la guerrilla contra LA PROTESTA, reconocen la trascendencia de la iniciativa de la Guilda y manifiestan con su ingreso en ella la voluntad de cooperar en ese terreno con nosotros para una mayor prosperidad del anarquismo y una más grande difusión de nuestra literatura.

LISTA DE AGENTES

La idea está en marcha y todos los días se inscriben nuevos socios. Lo que ahora hace falta es que los suscriptores sean constantes y que los agentes hagan su recorrido mensual en las respectivas localidades para la cobranza de las cotizaciones, la inscripción de nuevos socios, la anotación de los libros que hemos de remitir a los miembros, etc.

He aquí la nómina de los agentes:

- Rosario. — Joaquín Penina, calle Salta 1581. — J. R. Forteza, Cabral 132.
- Santa Fe. — Francisco Aragón, 25 de Mayo 3114.
- Coronel Vidal, F. C. S. — Eugenia Changorst de Calvo.
- Bahía Blanca. — José M. Pardo, 14 de Julio 443 (V. Mitre).
- Jujuy. — Teófilo M. Gutiérrez, S. Pérez 139.
- Córdoba. — Raúl Hauser, Rondeau 475. — Joaquín Merino, Maipú 179.
- Morón. — Vicente Lucero, Belgrano 871.
- Concordia. — Ramón Congost, Colón 499.
- Carhué. — Antonio Arrieta.
- San Cristóbal (F. C. C. N. A.) — José Llovio.
- San Pedro de Jujuy. — Roberto Riscov, Sarmiento N.º 8.
- Bell Ville. — Florencio González, E. Ríos 340.
- Temperley. — G. López Méndez, Anchorena 342.
- Tandil. — G. Comerón, San Martín 299.
- Balnearia (F. C. C. N. A.) — I. Rojas.
- Salto Argentina. — Ambrosio Lacruz, Leandro N. Alem 142.
- Pergamino. — Teodoro Suárez, Guido 138.
- Uriburu. — Francisco B. Arana.
- Gral. Roca. (Río Negro) — Alberto Doucet.
- Balcarce. — Salvador Gómez, Calle 6, N.º 695.
- Avellaneda. — Biblioteca "Voluntad", Colón 333.
- Berisso. — Stellos Fotinos, Río de Janeiro 4206.
- Catamarca. — Bartolomé Reina, Tucumán y Ma de Luna.
- Tres Arroyos. — Valentín Calvo, Chacabuc 501.
- Mendoza. — Cosme Marín, Federico Moreno 1829

25 de Mayo (F. C. S.). — E. Martínez, Call 31 y 15.

Venado Tuerto. — Vicente Pérez, San Lorenzo 660.

Curumalán. — Gilberto Otero.

Tornquist (F. C. S.). — Rafael Barrios.

San Rafael. — Antonio Rubio (Pueblo Nuevo).

Bolívar. — Marcelino Alonso, Fonda Internacional.

General Pico. — Fernando Lorenzo, calle 25, número 846.

Tigre, Victoria y San Fernando. — J. A. Martínez, Cazón N.º 201 (Tigre).

Martínez (F. C. C. A.). — Robert Rival.

Villa Castellino. — Santos López, Pozos 1683.

Lanús. — Mariano González.

Santo Lugares. — Francisco Quintas, calle Risario 1762.

Salliqueló (F. C. O.). — Rómulo Rossi.

Zárate. — J. M. García, Almirante Brown 101.

Rolón (F. C. S.). — Hilario de Diago.

Santa Lucía (F. C. C. C.). — Aurelio Alonso.

Añatuya. — Santos V. Rearte.

Puerto Mar del Plata. — José Ujaldón, Sucursal de Correos N.º 2.

Cuz del Eje. — R. Moya, Moreno 524.

Los que deseen asociarse en Buenos Aires, todas las noches, excepto los sábados, serán atendidos en Perú 1537, de 20 a 22 horas. También pueden dirigirse por carta a Benigno Mancebo, calle Perú 1537.

MONTEVIDEO (URUGUAY)

En Paso Molino y La Teja: Alfredo Portela, Benito Riquet, N.º 8 (Pueblo Victoria).

En Reducto y adyacencias: Luis Moreno, Magallanes 1267, y en el local del Centro "Reformarse es Vivir".

En el Centro "Manuel Núñez", Maldonado 1134.

GUAYAQUIL (ECUADOR)

Rafael T. Aguirre: Gral. Córdoba 310. (Entre Padre Aguirre y Juan Montalvo).

UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

"La Protesta,"

LA PROTESTA EDITORIAL

Diario de la mañana

SUPLEMENTO QUINCENAL

"La Protesta"

Fundado en 1897

Fundado en 1921

Fundada en 1922

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto. 0.10 ctvos.
Suscripción mensual: \$ 2.50.
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

El número suelto: 0.20 ctvos.
Suscripción trimestral: 1.50; anual, 5 \$.—

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará.— Solicitenses catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente:
calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)

EDITORIAL "LA PROTESTA"

HISTORIA

M. Nettlau.—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873). — 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.
Encuadernado en tela, \$ 2.50.

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. — Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

Fernand Pelloutier y el sindicalismo— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

En Ucrania. — *La sublevación popular y anarquista* — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Guillaume J.—

Miguel Bakunin. — Noticias biográficas, 42 págs., 1924, \$ 0.20.

FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

I La Revolución Social en Francia, tomo primero. Prólogo de M. Nettlau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs., 1924.

II La revolución social en Francia.— tomo segundo, prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs., 1925.

III Consideraciones filosóficas.— Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.

(La serie continúa)

Malatesta Errico.—

Anarquía. — 48 págs., 1927, \$ 0.20.

En el café.—Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., 1926 \$ 0.30.

Kropotkin P.—

Conferencias. I. — *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadernado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.—Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

Los anarquistas (Estudio y réplica)— 166 págs., \$ 1.—

ANTIMILITARISMO

ANTINACIONALISMO

Bureau Internacional antimilitarista

Protocolo oficial de la conferencia celebrada del 2 al 4 de agosto de 1926 en Berlín. 8 páginas en folio, \$ 0.10.

E. Nido, R. Rocker y Nemo.—

Nacionalismo y anarquismo.—64 págs. 1927, \$ 0.20.

UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

Mi comunismo (La felicidad universal). — Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 2. Encuadernado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

El Humanisferio. — Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettlau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

A mi hermano el campesino. — \$ 0.10.

Crusao Juan.—

Carta Gaucha. — 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 páginas, 1926, \$ 0.10.

Eudolf Rocker.—

La maldición del practicismo. — 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

La Ucrania revolucionaria. (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

A los jóvenes. — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Faure S.—

La falsa redención. — \$ 0.10

La dictadura de la burguesía. — \$ 0.10

La patria de los ricos. — \$ 0.10.

La podredumbre parlamentaria.—\$ 0.10

La moral oficial y... la otra. \$ 0.10

La mujer. — \$ 0.10

Radowitzky S.—

La voz de mi conciencia. — 16 págs., \$ 0.10.

VARIOS

Certamen Internacional de "La Protesta". — 160 págs. 4.º, 1927, encuadernado en tela, \$ 2.—

Almanaque de "La Protesta" para 1927. — 160 págs. precio \$ 0.50